Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan, Rios, Perez y Cuesta.

PABLO JONES, O EL MARINO.

Drama en en cinco actos, escrito en francés por el célebre Alejandro Dumas, *y traducido al castellano por* D. Narciso de la Escosura, *representado en el teatro de la Cruz el año de* 1840.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAS.

El Marques D'Auray.
La Marquesa.
El Conde de Blois.
Margarita.
Pablo Jones.
Luis Achard.
El Baron de Lectoure.
Un Notario.
Patricio, *criado de la marquesa.*
Jazmin, *criado del conde.*

La escena pasa en 1779, en el castillo d'Auray, en Bretaña.

ACTO PRIMERO.

Un salon, en el piso bajo, del tiempo de Luis XIII; puerta en el foro y laterales; chimenea con espejo encima; una ventana á la derecha del actor.

ESCENA PRIMERA.

El Conde *vuelve al castillo en trage de camino, su criado le sigue y pone sobre la mesa un par de pistolas;* Jazmin, Patricio, *tres lacayos.*

Con. (*tendiéndose sobre un sillon.*) Jazmin, un escudo de seis libras al postillon, que no me ha volcado mas que dos veces desde Vannes aqui. Qué caminos! (*á un criado que lleva librea del tiempo de Luis XV, y que le hace cortesias.*) Muy bien, Patricio, muy bien... me alegro mucho de volverte á ver

Pat. Y yo á vos, monseñor.

Con. Si, ya entiendo.. eso quiere decir..

Pat. Que todas las bendiciones del cielo...

Con. Te caigan por el gaznate abajo... cosa muy puesta en razon; toma para que bebas... (*viendo á los otros tres.*) tú solo; esto para que bebas con los otros. Jazmin, preven á la marquesa que he llegado, y toma sus órdenes de mi parte, ya quiera que pase yo al cuarto del marqués, ó bien bajar ella aqui. En cuanto á vosotros, reverenda familia, como no quiero privar á mis padres de vuestros servicios, id cada uno á sus quehaceres. (*vanse.*) Patricio, ha habido alguna novedad en mi ausencia? Mi padre....

Pat. Siempre lo mismo; ni mejor ni peor.

Con. Y su razon?

Pat. En cuanto á eso, va bien, segun nos dicen, porque ya sabeis que no quiere ver á nadie mas que á la señora marquesa.

Con. Si, ya lo sé; ni aun á nosotros. Y mi hermana?

Pat. Siempre triste. Ah! llora que es una bendicion Pobre señorita! No sale del castillo mas que para ir á ver al viejo Achard.

Con. Se estará siempre en su casita del parque...

Pat. No se menea de allí sino para ir á sentarse bajo la encina grande... ya sabeis... y allí se pasa las horas muertas. Parece que está en oracion.

Con. Viejo singular! Y es á ti á quien la marquesa encarga el cuidado de que nada le falte como antes?

Pat. Si, monseñor; pero no me dice mas que, buenos dias, buenas noches, gracias, Patricio. Nada, nunca sale de eso.

Con. Está bien. *Patricio va á retirarse.*) Vuelve hácia la pared los cañones de esas pistolas; ya sabes el miedo que tiene mi madre á esas armas.

Pat. Aqui teneis á la señora marquesa.

Con. Déjanos (*la marquesa entra lentamente por la puerta del foro. Patricio se va.*)

ESCENA II.

La Marquesa, *de negro,* El Conde.

Con. (*vá hácia su madre, se arrodilla y le toma la mano.*) La señora marquesa me permitirá?..

Marq. Levantad, hijo mio; mucho me alegro de volveros á ver. (*el conde la conduce á una silla. Ella ve las pistolas y se estremece.*)

Con. Qué teneis, madre mia?

Marq. Nada. (*se sienta.*) Recibi vuestra carta, hi-

678685

jo mio, y os lo agradezco; creo que habeis nacido para la diplomácia mas bien que para la milicia, y debierais pedir al baron de Lectoure, que pretendiera para vos una embajada en vez de un regimiento.

CON. Y la obtendia, señora; tal es su valimiento, y su amor sobre todo

MARQ. Amor por una muger que no ha visto aun?

CON. Oh! Lectoure es un caballero de talento, y lo que sabe de nuestra familia le ha inspirado un vivo deseo de enlazarse con nosotros; ademas, de que es digno de ello. Ha hecho sus pruebas en 1399, y *Cherin* está muy contento con sus titulos. Uno de sus antepasados estaba tambien unido á la familia real de Escocia; de ahi viene el leon que tiene en sus armas.... en fin, es cosa muy conveniente. El ha insistido en que se bicieran todas las ceremonias en su ausencia. Habeis tenido la bondad de mandar que se hagan las amonestaciones, señora?

MARQ. Si; el abate se ha encargado de todos esos preparativos.

CON. Entonces podremos firmar el contrato mañana por la noche, si llega Lectoure ..

MARQ. (*meneando la cabeza.*) Y no os ha hecho alguna observacion acerca de Lusiñan? No os ha preguntado por qué ha solicitado nuestra familia su destierro?

CON. No señora. Son tan comunes semejantes servicios, que se olvidan al dia siguiente de haberlos prestado; ademas de que se sabe que suelen encerrar algun secreto de familia, que nadie debe penetrar. Yo solo soy quien conserva memoria de ese desgraciado.

MARQ. Vos! Y por qué?

CON. Porque pienso algunas veces que deberia haber empleado, para vengarme de él, otras armas que las...

MARQ. No hableis de ese modo, hijo, si no quereis matarme.

CON. (*se pasa la mano por la frente.*) Teneis razon, madre mia; lo hecho no tiene ya remedio: no hay que pensar en ello.

MARQ. Con que él nada sabe?

CON. Nada; pero si quereis que os diga lo que yo creo... es... que aunque lo supiese todo...

MARQ. Qué?

CON. Es bastante filósofo, para que pueda influir en su determinacion nada de lo que sepa.

MARQ. Eso quiere decir que está arruinado.

CON. Como toda nuestra nobleza joven, sobre poco mas ó menos; pero tiene mucho valimiento.

MARQ. Nosotros somos bastante ricos para rehacer su fortuna sin necesidad de su ayuda; ademas, (*tomándole la mano.*) esa boda asegura la felicidad de mis hijos, ó de uno de ellos por lo menos; yo no quiero encerrarlos para siempre en un viejo castillo de la Bretaña, lejos de todos los placeres, al lado de un padre privado de la razon, que rehusa verlos, y que, aun cuando los viese, acaso no los conoceria; á mi, que soy vieja y triste, es á quien toca cuidar del anciano moribundo á la sombra de estos antiguos muros; y á vosotros, hijos mios, cuya vida está llena de juventud y de alegria, os toca ir á buscar el sol y la felicidad.

CON. (*besándole la mano.*) Si, madre mia, si; sé que habeis jurado ser el ejemplo de todas las mugeres, el modelo de todas las virtudes; sé que mirareis este nuevo sacrificio como un deber, y nada mas; nadie pues, á no ser mi hermana, puede por su obstinacion, destruir...

MARQ. Vuestra hermana pensará, que solo con su sumision puede hacerme olvidar su falta; y, no temais, obedecerá.

CON. Perdonad, madre mia, si insisto tanto por ver realizado un proyecto que me separa de vos, pero debeis conocer que mi oscuridad me pesa, que mi nombre, que tan grande han hecho mis ascendientes, y vos tan respetable, suena en mi oido como una reconvencion cada vez que se pronuncia. A mi edad, mi abuelo era *maestre de campo*, y mi padre primer escudero del rey. Hay en la nobleza blasones que no se pueden borrar, como hay en el cielo estrellas que no pueden dejar de lucir. Y sin embargo, mi padre, enfermo hace veinte años, y separado de la corte todo ese tiempo, fue olvidado del viejo rey á su muerte, y del rey nuevo á su advenimiento al trono. Vuestros cuidados por el marqués os han encadenado á la cabecera de su cama, desde el momento en que perdió el juicio; durante este tiempo, vuestros antiguos amigos han ido desapareciendo, unos porque han muerto, y otros porque os han olvidado; los nuevos vástagos han sucedido á los troncos añosos; de modo que, cuando fui á Versailles, nuestro nombre, el nombre del marqués d'Auray, apenas era conocido en la nueva corte.

MARQ. Y sin embargo, creedme, hijo mio, nadie ha hecho lo que yo, sino para darle nuevo lustre, para conservarle al menos su antigua pureza.

CON. Señora...

MARQ. (*con viveza.*) Pero tranquilizaos; ese nombre, lo espero, ha de resonar aun á tal altura, que los oidos reales puedan oirlo sin bajarse... A propósito de sus majestades, yo creo que la bendicion de Dios se estiende siempre sobre ellos y sobre la Francia.

CON. Y quién pudiera turbar su felicidad? Luis XVI, joven y bueno, y Maria Antonia, joven y hermosa, rodeados de su brava nobleza, amados de un pueblo leal... A Dios gracias, la suerte les ha colocado á gran distancia del infortunio.

MARQ. (*tristemente.*) Nadie, hijo mio, está exento de los errores y de las debilidades humanas: ningun corazon, aun cuando se oculte bajo la púrpura, está al abrigo de las pasiones; nadie puede responder de que sus cabellos no se pongan blancos en una noche, aunque pese una corona sobre su cabeza. Decis que están rodeados de su nobleza? (*abriendo una ventana.*) Veis esos árboles? En la primavera estaban tambien rodeados de sus hojas; apenas se sienten los primeros aires del invierno, y ya los veis desnudos y deshojados. Son amados de un pueblo fiel?... Mirad ese mar en calma y apacible; mañana, esta noche, de aqui á una hora, tal vez, el soplido del huracan os traerá los gritos de los desgraciados que sepulta bajo sus olas. Aunque separada del mundo, llegan á mi oido algunas veces estraños rumores: no se ha levantado una secta filosófica, que ha imbuido en sus errores á muchos hombres de

categoria? No se habla de un mundo entero, que como una isla flotante, se ha separado de la madre patria; de hijos rebeldes que se niegan á reconocer á sus padres; de un pueblo que se intitula nacion?.. No he oido decir que algunos nobles habian atravesado el Océano, para ofrecer á los revoltosos las espadas que sus mayores nunca desenvainaron, sino á la voz de sus legitimos soberanos? Y no me han dicho tambien, ó es un ensueño de mi soledad, que el rey Luis XVI y la reina Maria Antonia, olvidando que los soberanos son una familia de hermanos, han autorizado esas emigraciones armadas, y dado desp chos á no sé qué pirata?

CON. Todo eso es verdad, señora.

MARQ. (*con solemnidad.*) Dios vele sobre SS. MM. el rey y la reina de Francia. (*sale lentamente y sin volver la cabeza.*)

ESCENA III.

EL CONDE, *despues* JAZMIN.

CON. (*solo, viendo salir á su madre.*) Este viejo castillo es el que le inspira esas ideas tristes y lúgubres, y yo mismo, no sé por qué.. pero no parece sino que en él se ha cometido algun crimen, que pesa sobre la conciencia de los que le habitan.

JAZ. (*presentanda una carta á su señor.*) Para el señor conde.

CON. Una carta... Pablo .. Quién es este Pablo?

ESCENA IV.

Dichos, PABLO.

PAB. Yo; caballero...

CON. Parece que deseais mucho el hablarme? (*con altaneria.*)

PAB. (*inclinándose*) Confieso, señor conde, que es para mi de grande interès la conferencia, que espero me hareis el favor de concederme.

CON. Teneis un modo de pedir las cosas, que seria imposible tratar de negároslas. Tened la bondad de sentaros, si ha de ser larga esta conferencia.

PAB. (*sentándose con tranquilidad.*) Con mucho gusto, porque tengo varias cosas que deciros.

CON. Hablad, pues.

PAB. Haced salir á vuestro criado.

CON. Déjanos. (*vase Jazmin.*) Ahora, espero que me digais ante todo, á quién tengo el honor de hablar?..

PAB. Es muy justo: yo soy el capitan del navio que transportó á Cayenne al joven Lusiñan.

CON. (*examinándole.*) Imposible.

PAB. (*siempre sentado y con frialdad.*) Es cierto que la penúltima vez que nos vimos, cuando tuvisteis la bondad de hacerme una visita á bordo de mi navio en Brest, llevaba yo largos cabellos negros, un gran sombrero de paja y el *palletot* de marino; todo esto hace que un hombre parezca otro, especialmente cuando añade á ese trage un acento breton muy pronunciado.

CON. Efectivamente, caballero; creo recordar que bajo ese gran sombrero que decis, vi brillar unos ojos parecidos á los vuestros; no los he olvidado; ese capitan, ademas, se hacia dar el mismo nombre bajo el que os presentais en mi casa, Mr. Pablo... (*Pablo se inclina.*) pero esa fué la penúltima vez que nos vimos, me habeis dicho?.. Tened la bondad de ayudar mi memoria, porque no me acuerdo de cuál fue la última.

PAB. La última, señor conde, fue hace ocho dias, en Paris, en un asalto de armas en casa del hijo del ministro de marina; entonces estaba yo vestido de oficial inglés, y me llamaba Jones; llevaba cabellos rubios, casaca encarnada y pantalon *colàm*; tuve la honra de tirar con vos, señor conde, y de marcaros tres estocadas, sin que vos me tocaseis ni una sola vez.

CON. Es particular.. el mismo modo de mirar.... y sin embargo, no es el mismo personaje.

PAB. Es que Dios ha dispuesto, que sean los ojos de los hombres la única cosa que no puedan disfrazar, y por eso ha puesto en ellos una chispa de su fuego. El capitan Pablo es la misma persona que el inglés Jones, y el inglés Jones es el caballero que teneis delante.

CON. Y hoy, qué os acomoda ser?

PAB. Yo mismo; porque hoy no tengo ningun motivo para ocultarme. Sin embargo; si dais preferencia á alguna nacion, seré lo que querais; francés, americano, inglés ó español.. En cuál de estas lenguas quereis que continue esta conversacion?

CON. Aunque algunas de ellas me sean familiares como á vos, escojeré el español, que es la lengua de las esplicaciones mas concisas.

PAB. (*con melancolia.*) Como gusteis, señor conde; aunque prefiero el francés, porque he nacido en Francia. El sol de Francia es el primero que ha reflejado á mis ojos, y aunque he visto frecuentemente tierras mas fértiles y un sol mas brillante, jamás ha habido para mi mas que una tierra y un sol.

CON. (*con ironia.*) Vuestro amor nacional os hace olvidar el objeto á que debo el honor de vuestra visita.

PAB. Teneis razon... Hace dos años que pasenadoos en el puerto de Brest, visteis, entre sus numerosos barcos, uno muy ligero, y dijisteis: Es preciso que el capitan de este barco tenga poderosos motivos para comerciar con un navio con tanta lona y tan poca madera. De ahi nació en vos la idea de que yo era un corsario, un pirata... qué sé yo?

CON. Y me he engañado?

PAB. Ya creo, señor conde, que os he manifestado mi admiracion por la *perspicacia* con que juzgais de los hombres y de las cosas, al primer golpe de vista.

CON. Escusad los cumplimientos; vamos al caso...

PAB. En esa persuasion fuisteis á bordo, y encontrásteis en el entre puente al capitan Pablo... Erais portador de un pliego del ministro de marina, que mandaba á cualquier oficial, requerido por vos, conducir á Cayenne, al llamado Lusiñan, culpable de un crimen de Estado.

CON. Es cierto

PAB. Yo obedeci, porque entonces navegaba bajo el pabellon francés, é ignoraba... (*el conde se levanta y se acerca á Pablo.*) que el llamado Lusiñan no habia cometido otro crimen, que

el haber sido el amante dichoso de la señorita Margarita d'Auray, vuestra hermana.

CON. (*poniéndole la mano en el hombro.*) Caballero!...

PAB. (*se levanta y toma con frialdad una de las pistolas.*) Teneis aqui escelentes armas, señor conde.

CON. Y entrambas cargadas.

PAB. Y son seguras?

CON. Si quereis dar un paseo conmigo, podremos probarlas los dos.

PAB. Gracias, señor conde. Conozco estas pistolas. Son de la tienda de un maestro aleman muy apreciado. Yo he ganado otro par de ellas, casi iguales, á San Jorge: ya sabeis... el coronel del regimiento americano; apostó á cortar doce balas seguidas en la hoja de un cuchillo, y no se le escapó ninguna.

CON. Y entonces, cómo habeis podido ganar vos?

PAB. Cortándulas mas por el medio.

CON. Eso no altera la proposicion que os he hecho; sois un buen tirador, y nada mas

PAB (*con distraccion.*) Qué quereis? Durante nuestros largos dias de calma, cuando ningun soplo de viento altera ese espejo de Dios, que se llama la mar, los marinos aislados y solitarios, nos vemos obligados á aceptar las distracciones que se nos presentan; entonces, ejercitamos nuestra destreza sobre las golondrinas fatigadas que se posan á la punta de nuestras entenas, y asi conseguimos cierta habilidad, que parece, á primera vista, agena de nuestra profesion.

CON. (*despues de una pausa*) Continuad.

PAB. Era todo un valiente el joven Lusiñan. Me contó su historia, me dijo cómo se habia apoderado de su alma aquel amor ardiente, profundo, irresistible, como el de Pablo y Francisca, como el de Romeo y Julieta, y me dijo las palabras de la hija de Verona, que vuestra hermana le habia repetido: *seré tuya ó de la tumba.*

CON. (*apretando los dientes.*) Y le ha cumplido exactamente su palabra.

PAB. Me contó sus amores, por mucho tiempo puros como los de los ángeles; sus proyectos, como los de todos los jóvenes, de adquirirse un nombre como (*riendose.*) el de Dante ó el de Alejandro, para ponerlo á los pies de su adorada: me habló tambien de sus muchas y respetuosas instancias á vuestra madre, de sus negativas altaneras y de vuestras amargas burlas, que él sufria como si el corazon de un hombre hubiese dejado de latir en su pecho. me pintó sus dolores, sus lágrimas, su desesperacion, cuando vuestra hermana le ordenó llorando que dejase la Bretaña: me pintó aquella noche de despedida, de sollozos y de agonia.

CON. Y de verguenza!

PAB. Si .. Vosotros los virtuosos le dais ese nombre cuando una joven, á quien todo lisongea y nada la contiene, cede á la edad, á la seduccion y al amor. Si; ellos se separaron; pero ella no hubiera sucumbido: vuestra madre hubiera salvado la honra de su hija, tal vez, si deberes sagrados no la hubieran alejado de ella; porque yo sé las virtudes de vuestra madre como sé las desgracias de vuestra hermana; es una muger altiva y severa, acaso mas severa de lo que debe ser una criatura humana, que no tiene mas ventaja sobre las demas, que la de no haber faltado nunca; vuestra madre oyó una noche gritos ahogados, entró en el cuarto de Margarita, se acercó pálida y muda á su lecho, arrancó con frialdad de sus brazos un niño que acababa de nacer, y salió pálida y muda como habia entrado, impasible como una estátua y sin desplegar sus labios de piedra como los de una estátua; en cuanto á la pobre Margarita, no pronunció una queja, no dió un grito; se desmayó al ver á la marquesa Es asi, señor conde? Estoy bien informado? O he olvidado acaso algun detalle de esta terrible historia?

CON. Ninguno.

PAB. Es que están consignados en estas cartas de vuestra hermana, que en el momento de separarse de mi, para confundirse con asesinos y ladrones, me entregó Lusiñan, á fin de que las pusiese en manos de la que las ha escrito.

CON. Dádmelas á mi, caballero, y os juro que las devolveré fielmente á la que tuvo la imprudencia de...

PAB. De quejarse á la sola persona que la amaba en el mundo, no es esto? imprudente llamais á una muger á quien su madre arranca el hijo de su corazon, y que derrama sus lágrimas en el seno del padre de su hijo?. . Imprudente hermana que no habiendo encontrado en su hermano apoyo contra el abandono de su padre y la tiranía de su madre, ha comprometido á su noble familia, firmando estas cartas que pueden .. cómo llamais á eso vosotros los nobles?... Manchar su blason.... No es verdad?...

CON. (*con impaciencia*) Pues ya que conoceis tambien la importancia de esos papeles, cumplid vuestra mision, entregándolos, sea á mi hermana, á mi madre, ó á mi. (*alargando la mano.*)

PAB. Desembarqué en Brest con esa intencion; pero hará quince dias, poco mas ó menos, al entrar en una iglesia...

CON. (*con ironia.*) En una iglesia?

PAB. Si señor.

CON. Y á qué entrabais?

PAB. A rezar.

CON. El capitan Pablo, cree en Dios?

PAB. Y si no creyese en Dios, á quién invocaria durante la tempestad?

CON. (*con impaciencia.*) Bien; y en la iglesia?...

PAB. Oi á un sacerdote anunciar el próximo enlace del baron de Lectoure con la noble Margarita d'Auray.

CON. Y qué ha encontrado el capitan Pablo en eso, que pueda admirarle?

PAB Nada, conde. Pero se apoderó de mi corazon un sentimiento raro de piedad; pensé que, ya que todo el mundo, hasta su madre, han olvidado al pobre huérfano... porque presumo que de su grado y sin que nadie le fuerce, se casa vuestra hermana con el baron de Lectoure, era preciso que yo me acordase de él; que era un bautizo de lágrimas y de amargura el entrar en el mundo sin nombre y sin familia, y seria harto mas terrible su suerte si vivia ademas sin bienes de fortuna. En la posicion en que estais y con los proyectos de ambicion que veis casi realizados con la alianza

del baron, estas cartas bien valen cien mil libras, no es verdad, señor conde? Y esta suma no hará mas que una brecha, casi imperceptible, al medio millon de renta que componen vuestros bienes

CON. Pero quién me asegura que esas cien mil libras?...

PAB. Teneis razon; pero yo no cambio estas cartas sino por una obligacion á favor del niño Hector de Lusiñan.

CON. Puesto que era un negocio puramente pecuniario el que teniamos que tratar, podiais haberos ahorrado el trabajo de contarme esa larga historia, y haber empezado por donde hemos concluido .. ó aun mejor, haberme enviado un agente de negocios La familia d'Auray ha reservado anualmente para dar limosnas el duplo de la suma que vos reclamais. (*se acerca á la mesa y escribe.*)

JAZ (*entra.*) Señor conde ..

CON. No estoy en casa para nadie.

JAZ La hermana del señor conde...

CON. Que vuelva despues.

JAZ. Desea hablaros en este instante.

PAB. Eso no importa, yo volveré otro dia.

CON. No; si gustais, terminaremos este negocio de una vez Voy á recibir á mi hermana... pero como es inutil que os vea, podeis entrar en ese gabinete... ahi teneis una biblioteca.

PAB. Como gusteis. (*entra en el gabinete, á la izquierda del espectador.*)

ESCENA V.

El CONDE, MARGARITA, PABLO, *en el gabinete.*

CON. Venid, Margarita, y decidme pronto lo que quereis; estoy ocupado.

MARG Hubo un tiempo en que, al vernos despues de dos meses de ausencia, nos hubiéramos echado el uno en brazos del otro.

CON. Si, pero desde entonces han pasado tantas cosas entre nosotros...

MARG Qué puede pasar entre dos hermanos.....? Qué, entre dos hijos de la misma madre, para separarlos?

CON. Una falta.

MARG. Ah! sois muy cruel conmigo; sabeis que en presencia de mi madre el miedo no me permite articular una palabra; sabeis que mi sola esperanza sois vos; me veis entrar, no como debe entrar una hermana en el cuarto de su hermano, no con miradas de alegria ni con la risa en los labios, sino con los ojos anegados en llanto, con la súplica en la boca como entraria un criminal á ver á su juez, y con una palabra que decis, me veis humillada á vuestros pies

CON. Qué quereis?

MARG Quiero saber si es verdad lo que dicen...

CON. Qué dicen?

MARG. Que mañana por la noche ..

CON. Adelante,

MARG. El baron de Lectoure...

CON. Estará aqui. Es verdad.

MARG. Dios mio!

CON. Creí que tomando la precaucion de anunciar su llegada dos meses antes, hubiérais tenido tiempo para prepararos.

MARG. Por mas amenazada que estuviera, siempre se conserva la esperanza; se han visto condenados que han obtenido su perdon al pié del mismo cadalso. Hermano mio...

CON. Qué hay?

MARG. No me comprendes? Oh! Si Dios hubiera querido que yo te pudiera ahorrar un disgusto, como puedes tú evitarme una desgracia; si tú me hubieses rogado como yo te ruego á ti, si yo no hubiera tenido mas que pronunciar una palabra, no para hacerte feliz, yo no aspiro á serlo, sino para salvarte de la desesperacion. Oh! con qué placer hubiera bendecido al cielo pronunciando esa palabra!

CON. No depende de mi... es una cosa que mi padre desea, un proyecto de mi madre, una alianza necesaria al honor de nuestra familia...

MARG. Una cosa que desea mi padre! Pluguiera á Dios que estuviese en estado de desear algo! Mi vida daria por cumplir su menor deseo! Un proyecto de mi madre, decis? Oh! el que le ha sugerido ese proyecto, obtendria con facilidad que renunciase á él... Una alianza necesaria al honor de nuestra familia... Gracias al cielo nuestra familia es sobrado poderosa en nombre y en riquezas, para que reciba nuevo lustre, ni aun de su alianza con un principe! No es eso, hermano mio: vos habeis comerciado conmigo; me habeis vendido por una cruz y un empleo, y habeis dicho: ella obedecerá, y si resistiera, su aislamiento y su desgracia serán las armas que me servirán contra ella. Pero os habeis equivocado; mi desgracia misma me dará fuerza; en mi aislamiento consistirá mi resistencia

CON. Con que estais resuelta á no obedecer á vuestra madre?

MARG. La noche en que vi por última vez al que no volveré á ver mas, nos aguardaba un sacerdote para unirnos; Lusiñan estaba á mis pies, loco, delirante, desesperado, diciéndome que, ya no le amaba: yo me negaba á seguirle, porque no queria desobedecer á mi madre; pero tambien aquella misma noche le juré, que sino era suya, no seria de nadie. El juramento hecho al padre, le he hecho despues sobre la cabeza de mi hijo, y ahora no es solo un juramento de amante, sino un juramento de madre

CON. Entonces es una guerra declarada?

MARG. Que Dios me dará fuerzas para sostener, Adios.

CON. (*viéndola marcharse.*) Adios, pobre rosal que te crees una encina; cuando la mano de tu madre pese sobre ti, inclinarás la cabeza, doblarás las rodillas... (*viendo á Pablo á la puerta, de la biblioteca.*) Ah! Capitan Pablo! Preparad vuestras cartas, y yo voy á firmaros la obligacion que me habeis pedido. (*se dirige á la mesa.*)

PAB. Es inutil, señor conde.

CON. (*con viveza.*) Cómo?

PAB. Yo daré las cien mil libras á vuestro sobrino, y me encargaré de encontrar un marido á vuestra hermana.

CON. Pero quién sois vos que disponeis asi de mi familia?

PAB. (*alejándose.*) Quién soy? Mañana os lo diré, porque lo debo saber esta tarde.

CON. (*deteniéndole.*) Y me dais vuestra pala-

bra de honor de que os volveré á ver mañana?...

PAB. Os la doy. (*vase.*)

CON. (*solo.*) Lo único que veo con claridad en todo esto, es que tendré que pegarme un tiro con ese hombre.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala baja de la casa de Achard: puerta en el fondo, por la cual se ven los árboles de un parque; á la derecha del espectador una ventana; á la izquierda una puerta que comunica á otra pieza.

ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA, LUIS ACHARD.

(Al levantarse el telon está la marquesa sola sentada delante de una mesa á la derecha del actor; sobre la mesa una biblia abierta; la marquesa reflexiona profundamente, cubierta con un gran velo negro: Achard entra, y al ver á la marquesa se dirige á ella.)

LUIS. Señora Marquesa...

MARQ. (*levantando la cabeza.*) Sois vos, Achard?... Hace media hora que os estoy esperando. Dónde estabais?

LUIS. Si hubierais querido andar cincuenta pasos mas, me hubieseis hallado bajo la encina que está frente á la puerta del parque.

MARQ. Ya sabeis que nunca voy hácia allí.

LUIS. Y acaso haceis mal, señora. Hay en el cielo una persona que tiene derecho á nuestras oraciones comunes, y que tal vez estrañará no oir mas que las del viejo Achard.

MARQ. Quién os dice que yo no rezo tambien?.. Y quién os hace creer que los muertos exigen que se esté siempre de rodillas sobre su tumba.

LUIS. Lo único que creo es, que si despues de la muerte viviese alguna cosa nuestra sobre la tierra, esa sola cosa se estremeceria de placer al oir los pasos de las personas que amábamos en vida.

MARQ. Pero si ese amor fuese un amor culpable?...

LUIS. Creeis que la muerte no lo haya espiado? Dios fué entonces un juéz demasiado severo, para que hoy no sea un padre indulgente...

MARQ. Si; Dios acaso perdona, porque la omnipotencia es la suma bondad; pero creeis que si el mundo supiese lo que á él no puede ocultársele, perdonaria como Dios? (*levantándose.*) Hablais en nombre de los otros con una amargura que parece que teneis reconvenciones personales que hacerme. Decid, Achard; he faltado á alguno de los deberes que creo tener que llenar hácia vos? No han tenido toda la obediencia y respeto que yo les encargo, las personas que os sirven de orden mia? Ya sabeis que con una sola palabra que digais...

LUIS. Perdonad, señora... es tristeza y no amargura; es el efecto de la soledad y de la vejez. Vos debeis saber lo que son los pensamientos que agrian la conciencia, las lágrimas que oprimen el corazon. Desde que os encargasteis de que nada me faltase, por un sentimiento á que estoy agradecido, sin tratar de profundizarlo, no habeis olvidado vuestra promesa ni un solo dia, y yo he visto algunas veces, como el viejo profeta, venir un angel por mensagero...

MARQ. Si, ya sé que Margarita acompaña con frecuencia al criado encargado de serviros, y he visto con placer los cuidados que tiene hácia vos.

LUIS. Pero tampoco yo creo haber faltado á mis deberes; hace veinte años que vivo lejos de los hombres... ningun ser viviente se acerca á esta cabaña... Tanto temia por vos el delirio de mis vigilias y la indiscrecion de mis sueños.

MARQ. Si; el secreto está bien guardado; pero ese es un motivo mas para que yo tema perder en un dia el fruto de veinte años que, creedme, han sido para mi mas sombrios, mas terribles que para vos. Nadie ha sabido nada de la terrible historia, pero á qué precio! Comprendeis lo que es velar por espacio de veinte años junto á un demente, que cada vez que tiene un momento de razon, me echa en cara mi falta, y cada vez que cae de nuevo en su locura, repite mil veces aquellas palabras, con que me ha de despertar en el sepulcro el angel que me anuncie el juicio final?

LUIS. Tambien he oido yo esas palabras, señora; porque estaba allí cuando él espiró pronunciándolas.

MARQ. He ahí mi suerte como esposa. Y mis hijos, separados de mi para que lo estén de su padre, mis hijos que no me conocen mas que por el terror que les inspiro; mis hijos, que cuando les tiendo los brazos, se postran á mis pies llamándome, señora... es lo que me queda como madre.

LUIS. No me hablais mas que de los que saben que sois su madre.

MARQ. (*se estremece.*) Achard!

LUIS. Es cierto que os habeis estremecido mas de una vez, pensando que habia en el mundo un hombre que vendria un dia á preguntarme ese secreto á que lo habeis sacrificado todo, y que yo no podré callarle nada á ese hombre? Pero, tranquilizaos, señora; á la edad de quince años, ya sabeis que ese hombre se escapó del colegio en que se educaba en Escocia, y desde aquella época nadie ha vuelto á saber de él; habrá olvidado el pais de su padre, habrá perdido la seña que le debia dar á conocer, ó mas bien... acaso no existe ya.

MARQ. Es una crueldad, Achard, el decir eso á una madre, y vós no conoceis todavia cuantos secretos y cuan estrañas contradiciones encierra el corazon de una muger. Por qué no he de poder vivir tranquila viviendo mi hijo? Por qué un secreto que ha ignorado veinticinco años, ha de ser tan importante á su existencia en adelante, que no pueda vivir sin que se le revele? Achard, mi antiguo amigo, no se le podria decir que su madre ha muerto tambien... pero que al morir le ha legado á su amiga la marquesa d'Auray, en quien encontrará una segunda madre?

LUIS. Si, vos podriais decirle eso, os conozco bien; se lo diriais con voz firme, podriais verle con el corazon tranquilo y sin llorar, lo sé, po-

driais hablarle sin que vuestras primeras palabras fuesen: hijo mio! y sin embargo, es el hijo de un hombre á quien habeis amado, hasta el punto de olvidar los deberes mas sagrados... y sin embargo, hace veinte años que no habeis visto á ese hijo. Oh! vos podeis dominar vuestros sentimientos; pero yo, si le volviese á ver, no podria menos de arrojarme en sus brazos, diciéndole: Enrique, mi querido Enrique!

Marq. Pero vos no teneis nada que ocultar: no empañais con esa sola palabra cuarenta años de una reputacion sin mancha. Vos no os llamais Auray, vos no teneis que guardar y trasmitir un nombre, recibido de nobles abuelos. Escuchad, Achard, he venido á hablaros de eso, he venido á deciros que tengais piedad de mi.

Luis. Tan fiel como he sido á las promesas hechas á la señora marquesa d'Auray, lo seré á las que hice al conde de Morlaix; el dia en que su hijo, y el vuestro, venga á presentarme la prenda de reconocimiento, y á reclamar su secreto, yo se lo diré, señora. En cuanto á los papeles que lo acreditan, vos sabeis que no se le deben entregar sino despues de que muera vuestro marido; el secreto está aqui; (*señalando el corazon.*) ningun poder humano le puede impedir ni obligar á que salga. Esos papeles estan en un armario al lado de mi cama, y la llave siempre va conmigo; un rubo ó un asesinato, son los únicos medios de arrebatármelos.

Marq. Pero vos podeis morir antes que el Marqués ... Qué será entonces de esos papeles?

Luis. El sacerdote que me asista en mis últimos momentos, los recibirá bajo el secreto de la confesion.

Marq. Y asi la cadena de mis agonias se prolongará hasta mi muerte, y su último eslabon estará unido á mi sudario. Hay un hombre en el mundo, uno solo acaso, á quien no pueden ablandar ni súplicas, ni lágrimas, ni riquezas, y Dios ha colocado esa roca en medio de mi camino, y la tempestad me arroja hácia ella continuamente, hasta que me estrelle allí; tú tienes mi secreto entre tus manos; puedes hacer de él lo que quieras... tú eres el señor y yo la esclava. Adios.

Luis. Quereis que os acompañe hasta el castillo?

Marq. Gracias. (*vase.*)

ESCENA II.

Achard, *solo.*

Si; sé que teneis un corazon insensible á cualquier otro temor, que al que Dios os ha dado en vez de remordimiento; pero ese vale por todos los demas, y comprais bien cara la reputacion de virtuosa. Es cierto que la de la Marquesa está tan bien sentada, que si saliera la verdad de la tierra ó bajára del cielo, creo que la oirian como una calumnia; en fin, Dios puede lo que quiere, y lo que hace está escrito de antemano en su eterna sabiduria.

ESCENA III.

Achard, Pablo.

Pab. Bien dicho, anciano; hay mas grandeza en la resignacion que se humilla, que en la filosofia que duda; es una máxima que yo quisiera haber tenido menos veces en la boca, y mas amenudo en el corazon, para mi felicidad.

Luis. Perdonad, caballero; pero quién sois?

Pab. Por ahora, soy un hijo de la república de Platon, tengo al género humano por hermano, al mundo por patria, y por morada la choza que yo mismo he edificado.

Luis. Y qué buscais?

Pab. Busco á veinte leguas de Brest y á doscientos pasos del castillo d'Auray, una cabaña que se parece muchísimo á esta, y un anciano, que pudiérais ser vos mismo.

Luis. Y cómo se llama ese anciano?

Pab. Luis Achard.

Luis No os engañais; yo soy.

Pab. (*quitándose el sombrero.*) La bendicion del cielo caiga sobre vuestros cabellos blancos; he aqui una carta que creo ser de mi padre, y que dice que sois un hombre de bien

Luis. (*conmovido.*) Y esa carta nada contiene?

Pab. Si tal; una cosa como media moneda de oro, cuya otra mitad debeis tener vos.

Luis. (*tendiéndole la mano y tomando maquinalmente la moneda y la carta*) Si, si, eso es, y mas que todo la semejanza estraordinaria..... Dios mio! Dios mio!

Pab. Qué teneis?

Luis. No sabeis que sois un vivo retrato de vuestro padre, y que yo hubiera dado toda mi sangre, mi vida por vuestro padre .. como lo haria por ti si lo necesitáras, hijo mio.

Pab. Abrazadme, mi antiguo amigo, y quien quiera que fuese mi padre, sino se necesita mas que una conciencia pura, un valor á toda prueba y una frente que no se inclinará jamás, para parecerse á él, habeis dicho bien: soy su vivo retrato, y mas aun por el alma que por el rostro.

Luis. (*mirándole*) Si, todo eso tenia vuestro padre, la misma valentia, y el mismo fuego en las miradas; pero por qué no te he visto antes? He pasado horas muy sombrias, que tu hubieras evitado.

Pab Por qué, decis? Porque esta carta me mandaba veniros á buscar cuando tuviera veinte y cinco años, y no me he descuidado, porque los cumpli hará una hora.

Luis. Ya tiene veinte y cinco años!.. Parece que fué ayer cuando nacisteis aqui, en este mismo cuarto.

Pab. Y aqui he vivido hasta la edad de cuatro años, no es verdad?

Luis. Si.

Pab Pues bien, me parece que recuerdo una habitacion que he visto en mis sueños: si es esa, debe tener una cama con cortinas verdes...

Luis Si.

Pab. Un crucifijo de madera al lado de la cama...

Luis. Si.

Pab En frente, un armario con libros, y entre otros una biblia con estampas.

Luis. Mirala!

Pab. Si, ella es: despues una ventana por la cual se veia el mar, una isla...

Luis. La de Noimontiers.

Pab (*entrando en el cuarto.*) Ah! (*Luis quiere se-*

guirle.) Dejadme solo, necesito estar solo un instante.

Luis. (*solo por un momento.*) Escelente corazon! Gracias, Dios mio! Yo os doy gracias!

Pab. (*volviendo.*) Es el mismo: y por qué he de ocultar lo que siento? Mirame, anciano: yo he visto á la tempestad ajitar mi barco y he sentido que el soplo del huracan lo movia, como la brisa de la tarde una hoja seca; he visto caer á los hombres á mi alrededor, como las espigas bajo la hoz del segador; he oido los gritos de agonia y de muerte de aquellos que la noche anterior cenaron conmigo, y he pasado, para recibir su último suspiro, á través de una lluvia de balas, escurriéndome á cada paso entre la sangre, pero ese cuarto, cuyo recuerdo he conservado santamente, ese cuarto en que recibi las caricias de un padre á quien no veré mas, de una madre que no querrá acaso volverme á ver, tiene algo de sagrado; como una cuna, como una tumba. Oh! necesito llorar, me ahogaria sino llorase.

Luis. Si, tienes razon; es las dos cosas á la vez, una cuna y una tumba; ahi naciste tú, ahi recibiste el último adios de tu padre.

Pab. Con qué ha muerto? Mi presentimiento no me engañó....

Luis. Ha muerto.

Pab. Me dirás cómo?

Luis. Todo os lo diré.

Pab. Dentro de un momento... ahora no tengo fuerza para escucharte. (*abre la ventana.*) No hay nada mas sublime que una tarde de otoño y el sol que se pone en la mar, tranquila como Dios, grande como la eternidad; ningun hombre que haya estudiado este espectáculo, teme la muerte! Mi padre murió con valor, no es verdad?

Luis. Si; era un joven hermoso como vos, y de vuestra misma edad.

Pab. Cómo se llamaba?

Luis. El conde de Morlaix.

Pab. Y mi madre?

Luis. Vuestra madre! La marquesa de Auray.

Pab. (*asombrado.*) Qué dices?

Luis. La verdad.

Pab. Imposible!

Luis Lo juro.

Pab. Entonces, el conde y Margarita son mis hermanos?

Luis. Los conoceis?

Pab Tenias razon, anciano, Dios es todo poderoso, y lo que hace está escrito de antemano en su sabiduria. (*cae en una silla; apoyando la cabeza en las manos.*)

Luis. Vuestro padre y la marquesa estaban desposados desde su juventud... yo no sé que motivo dividió sus familias y los separó. El conde de Morlaix partió para santo Domingo, donde tenia su padre una casa; yo le acompañé por ser el hijo de su nodriza... Habia recibido la misma educacion que él... me llamaba hermano, y yo era quien se acordaba únicamente de la distancia que el nacimiento habia puesto entre los dos.

Pab. Pobre Achard!

Luis. Al cabo de dos años volvió y encontró á su amada casada con otro; pero el marqués, llamado á Paris por el cargo que desempeñaba cerca de Luis XV, se vió precisado á dejar á su joven esposa, demasiado enferma para poderle seguir, en el antiguo castillo d' Auray. Yo habia heredado esta casa por muerte de mi padre y vine á vivir á ella

Pab. Proseguid.

Luis. Una noche, hace veinte y cinco años, oi llamar á mi puerta, abrí, y entró vuestro padre, trayendo en brazos una muger cuyo velo me impidió conocerla. Luis, me dijo; puedes hacer mas que salvarme vida y honra, puedes salvar la vida y el honor de la muger á quien amo... Monta á caballo, vé á la ciudad y vuelve dentro de una hora con un médico. Yo obedecí; el doctor entró en ese cuarto, y vuestro padre salió á poco con la mujer misteriosa que acababa de daros á luz.

Pab. Y cómo supisteis que aquella muger era la marquesa d' Auray?

Luis. Ofrecí á vuestro padre teneros á mi lado; él aceptó mi ofrecimiento... y venia de cuando en cuando á pasar algunas horas con vos.

Pab. Solo?

Luis. Siempre... cuando os veía la marquesa en el parque os llamaba y os acariciaba como á un niño estraño, que gusta porque es bonito. Cuatro años pasaron asi; una noche volvieron á llamar de nuevo á mi puerta; era vuestro padre... estaba mas tranquilo, pero mas triste y mas sombrio que la primera vez... Mañana, me dijo, me bato con el marqués d' Auray; es un duelo á muerte, y está convenido que tú serás el único testigo: dame hospitalidad por esta noche y recado de escribir. Entonces se sentó delante de esta mesa, en esa misma silla en que estais vos sentado, (*Pablo se levanta.*) y pasó en vela toda la noche. Al despuntar el alba entró en mi cuarto y me encontró levantado... asi estuve toda la noche .. vos dormiais en vuestra cuna.

Pab. Adelante...

Luis. Vuestro padre os miró tristemente.... Si muero, me dijo; como pudiera suceder algo á este niño, le entregarás á Fild, mi ayuda de cámara, con esta carta: él le conducirá á Escocia y le pondrá en salvo; á los veinte y cinco años te traerá la otra mitad de esta moneda de oro, te preguntará el secreto de su nacimiento y sé lo dirás. En cuanto á estos papeles que lo prueban, no se los entregarás hasta que haya muerto el marqués, despues se acercó á vuestra cuna, se inclinó hácia vos, y, á pesar de que era todo un hombre, yo vi correr una lágrima por su mejilla.

Pab. (*con voz ahogada.*) Proseguid.

Luis Aquella lágrima os despertó y le echasteis los brazos al cuello, diciéndole: adios. La cita era en el parque á doscientos pasos de aqui; al llegar nos encontramos al marqués: á su lado, en un banco, habia dos pistolas cargadas; los adversarios se saludaron en silencio; el marqués señaló las pistolas: cada uno tomó la suya, se colocaron á treinta pasos de distancia y marcharon el uno hácia el otro. ... Terrible momento fué cuando vi disminuirse gradualmente el terreno que los separaba; á los diez pasos se detuvo el marqués é hizo fuego; yo estaba mirando á vuestro padre... y no noté la menor alteracion en su semblante..... Siguió

marchando hasta donde estaba el marqués, y apoyándole la pistola sobre el corazon...

PAB. Ah! no le mataria, no es verdad?

LUIS. Le dijo: vuestra vida es mia; puedo disponer de ella; pero quiero que vivais para perdonarme, como yo os perdono. Al acabar de decir estas palabras, vuestro padre cayó muerto, la bala del marqués le habia atravesado el pecho.

PAB. Padre mio! Y vive ese hombre, no es verdad? Achard, vive?.. Podré vengar á mi padre?.. Iremos á buscarle y le dirás: este es su hijo.... su hijo... y es preciso que os bateis con él!...

LUIS. Dios se ha encargado de la venganza. Ese hombre está loco.

PAB. Es verdad... lo habia olvidado!

LUIS. Y en su delirio vé sin cesar aquella escena sangrienta, y repite cien veces al dia las palabras que le dijo vuestro padre.

PAB. Por eso no se separa nunca de él la marquesa?

LUIS. Y por eso, bajo pretesto de que no quiere ver á sus hijos, ha separado de él al conde y á Margarita.

PAB. Pobre hermana mia; y ahora no quiere sacrificarla, casándola, á su pesar, con ese miserable Lectoure?

LUIS. Si, pero ese miserable Lectoure se lleva á Paris á su muger, y hace coronel de dragones á su hermano. La marquesa entonces no teme la presencia de sus hijos, y su secreto queda entre ella y dos ancianos, que mañana, esta noche pueden morir, y la viuda d' Auray, modelo de amor maternal y de virtud conyugal, les sobrevive, rodeada de la consideracion del mundo.

PAB. Oh! Crees que mi madre?..

LUIS. Perdonad!.. No creo nada, me he equivocado; olvidad lo que he dicho.... vos mismo juzgareis... No necesito deciros que la última voluntad de vuestro padre se cumplió; veinte y un años ha que partisteis para Escocia, y desde entonces no ha pasado un dia sin que pida á Dios por el hijo, arrodillado sobre el sepulcro de su padre. El Señor ha oido mis votos... vuestro padre renace en vos... os veo, y ya estoy consolado.

PAB. (*mirando por la ventana.*) Silencio, alguien viene.

LUIS. Es un criado del castillo.

PAB. Margarita le acompaña... mi hermana!.. Me dejarás solo con ella, Achard; quisiera hablarla

LUIS. Acordaos de que vuestro secreto es el de vuestra madre.

PAB. Nada temas; no le hablaré mas que del suyo. (*Achard entra en el otro cuarto*) Pobre muchacha.. . . el interés que me inspiraste ayer cuando te vi, era amor fraternal. Aqui está.

ESCENA IV.

PABLO, MARGARITA, PATRICIO.

MARG. Está bien, Patricio; dejad ahi esas provisiones. y esperadme á la puerta del parque. (*vase Patricio*) Perdonad, caballero... creí encontrar aqui á Luis Achard...

PAB. En ese cuarto...

MARG. Gracias.

ESCENA V.

PABLO, *solo.*

Oh! cómo haria yo para estrecharte entre mis brazos? Me será imposible el contenerme. ... Qué haré para no decirla: Margarita, ninguna muger me ha amado aun, ámame tú como una hermana... porque soy hijo de tu misma madre... oh! madre mia! privándome de vuestro cariño, me habeis privado del de ese angel al mismo tiempo.

ESCENA IX.

MARGARITA, PABLO.

MARG. (*á la puerta que separa las dos habitaciones.*) Adios, Achard... he querido venir yo misma... quién sabe ahora cuando podré volver... (*se dirige á la puerta del foro.*)

PAB Margarita! (*ella se vuelve admirada y se dirige de nuevo a la puerta*) Margarita, no ois que os llamo?

MAR. Es verdad que habeis pronunciado mi nombre..... pero no creí..... como no os conozco...

PAB. Pero yo si á vos; sé que sois desgraciada, que no teneis un corazon donde verter vuestras lágrimas, ni un brazo á quien pedir apoyo.

MAR. Olvidais que tengo á Dios, caballero?

PAB. Lejos de olvidarlo, creo que él es quien me envia. Si yo os digera que soy vuestro amigo, que podeis contar conmigo...

MARG. Yo os preguntaria qué prueba podeis darme de esa amistad.

PAB. Y si os diese una?

MARG. Cuál?

PAB. Una irrecusable.

MARG. Entonces...

PAB. Llevais en el brazo izquierdo una pulsera...

MARG. Quién os ha dicho?..

PAB. La llave con que está cerrada la pulsera, está guardada en una sortija... y hay un hombre á quien jurasteis en una noche de desesperacion, que mientras no os devolviesen aquella sortija...

MARG. No seria yo de nadie, si...

PAB. Conoceis esta sortija?

MARG. Misericordia! Ha muerto!

PAB. No, Margarita; vive y os ama.

MARG. Si vive, si me ama, cómo está en vuestro poder esta sortija?

PAB. Desterrado proscrito, he creido que estaba en su delicadeza devolveros la libertad y vuestros juramentos.

MARG. Cuando una muger ha hecho por un hombre lo que yo he hecho por él, no debe amar mas que á aquel hombre, no debe ser mas que de Dios.

PAB Margarita, sois un angel.

MAR. Con que le habeis visto?

PAB. Yo fui el encargado de conducirle á Cayenne; durante la travesia me lo dijo todo, y vi que me habian hecho instrumento de la venganza y no de la justicia. Entonces hice cuanto pude por él: Lusiñan está desterrado, pero libre, y espera en Nueva-York el resultado de las gestiones, que ya han hecho sus amigos en la corte.

Marg. Y creeis obtener su perdon?

Pab. He conseguido aun mas que eso.

Marg. Dejad, señor, que os bese las manos.

Pab. Venid á mis brazos, Margarita. Sois un ángel.

Marg. Con que no me despreciais vos?

Pab. Margarita, si yo tuviese una hermana pediria á Dios que se os pareciera.

Marg. Tendrias una hermana muy desgraciada!

Pab. Puede ser.

Marg. Oh! vos no sabeis?..

Pab. Hablad.

Marg. El baron de Lectoure debe haber llegado ya.....

Pab. Lo sé.

Marg. Esta noche se firma el contrato.

Pab. Y vos lo firmareis?

Marg. Me obligarán.

Pab. No os sentis con fuerza bastante para resistir?

Marg. Me siento con fuerza para morir.

Pab. Pobre niña!

Marg. A quién quereis que me dirija? ¿A quién quereis que suplique? A mi hermano! No puede comprenderme. A mi madre? Ah! vos no conoceis á mi madre; es una muger de una virtud severa, de una voluntad inflexible, y cuando dice: yo lo mando; no hay mas que llorar y obedecer. A mi padre?.. Vos no lo sabreis acaso... está loco, ha perdido la razon y con ella el amor paternal... Diez años hace que yo no le he visto; hace diez años que no he estrechado sus trémulas manos. No sabe si tiene hijos; no me conocerá: mi madre le dará una pluma; le dirá: firmad, yo lo mando... y firmará mi sentencia.

Pab. Margarita, yo estaré cuando se firme el contrato.

Marg. Y quién os introducirá en el castillo?

Pab. Tengo un medio.

Marg. Oh! mi hermano es valiente, arrebatado; su ambicion vé un brillante porvenir en mi matrimonio.

Pab. Vuestro hermano es para mi tan sagrado como vos misma; nada temais.

Marg. Me haceis estremecer.

Pab. Y qué vais á hacer con el baron?

Marg. Pedirle una audiencia.

Pab Y le direis?..

Marg. Todo.

Pab. (*hincando una rodilla.*) Dejadme que os adore.

Marg. Caballero...

Pab Como á una hermana.

Marg. Oh! yo creo que es Dios quien os envia, Esta noche...

Pab No os admireis, ni temais nada, tratad solo de hacerme saber el resultado de vuestra conferencia con el baron. Adios.

Marg. (*apretándole la mano.*) Adios... no sé como llamaros.

Pab Llamadme hermano.

Marg. Adios, hermano mio.

Pab. Ah! tú eres la primera persona que me ha hecho oir tan dulce palabra. (*vase Margarita*) Achard! (*entra Achard.*) Ahora condúceme al sepulcro de mi padre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto: los candelabros, que están sobre la chimenea, encendidos.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, el Baron de Lectoure.

Con. Permitid, mi querido baron, que os haga los honores de la morada de mis antepasados.

Lec. Magnífica fortaleza!.. A tres leguas á la redonda se percibe su olor á baronia. Si por casualidad se me ocurriese algun dia el revelarme, os pediria que me prestaseis esta alhaja (*viendo los cuadros*) con cuadros y todo.

Con. Todos ellos son retratos de la ilustre familia, cuyo último vástago, por ahora, teneis delante.

Lec. Persona de todo mi respeto.

Con. Pero no soy tan patriarca, que me resuelva á pasar la vida en esta soledad... y espero, baron, que habreis pensado en sacarme de esta madriguera.

Lec. Queria haberos traido un despacho de coronel de dragones; sabia que estaba vacante y lo pretendi, cuando supe que se habia concedido por influjo de no sé que misterioso almirante... especie de corsario ó pirata, á quien S. M. estima porque ha batido á los ingleses en Vhite-Haven, donde escaló un fuerte, y en las costas de Irlanda, donde les apresó un navio; por esas dos hazañas, le ha condecorado S. M. con la cruz del mérito militar, y le ha dado una espada con puño de oro, como podia haberlo hecho con un noble; en una palabra, es negocio perdido; ya veremos por otro lado.

Con. Y la cruz?

Lec. Oh! eso es muy facil..... me la ha prometido Mr. de Vaudreuil.

Con. Muy bien; ya supondreis que me es indiferente el arma! Lo que quiero es unir á mi nombre un grado en la milicia.

Lec. Perfectamente.

Con. Y cómo os habeis librado de todos vuestros compromisos?

Lec. Diciendo la verdad, he dicho públicamente que me caso.

Con. Valor se necesita, especialmente si habeis confesado que habiais elegido muger en el fondo de la Bretaña.

Lec. Y por qué no?

Con. Entonces la compasion reemplazaria á la cólera.

Lec. Ya sabeis que nuestras damas de la corte, creen que sale el sol en Paris y que se pone en Versailles; todo el resto de la Francia es para ellas la Laponia, de suerte que esperan ver llegar á un mónstruo con unos pies terribles, ó cosa por el estilo..... Y se equivocan, no es verdad? Vos me habeis dicho que vuestra hermana...

Con. La vereis.

Lec. (*volviéndose.*) Qué es eso?

Jaz. (*que entra.*) La señorita Margarita pide al señor baron de Lectoure que le conceda una audiencia...

Lec. A mi? Con el mayor placer.

Con. No: es un error, os habreis equivocado, Jazmin.

JAZ. Puedo asegurar al señor conde que cumplo exactamente la órden que se me ha dado.

CON. Imposible, baron; enviad á paseo á esa tontuela.

LEC. Nada de eso, estos hermanos son el diablo. Jazmin, di á mi hermosa futura, que estoy á sus pies, á sus rodillas, como guste. Y vos, conde, espero que tendreis bastante confianza en mi para permitirnos hablar á solas?..

CON. Es una ridiculez ..

LEC. No tal... es cosa muy conveniente; yo no soy rey para casarme por retrato y por embajador, deseo verla en persona: francamente, tiene alguna deformidad?

CON. No, á fé mia: hermosa como un angel.

LEC. Pues bien, entonces, qué significa eso? Tendré que llamar á mis guardias. (*vase el conde.*) Jazmin, hacedla entrar.

ESCENA II.

EL BARON, MARGARITA.

LEC. Perdonad, señorita; yo era quien debia solicitar el favor que me concedeis, y el solo temor de ser indiscreto...

MARG. Os doy gracias por esa delicadeza, señor baron, y ella alimenta la confianza que tengo en vos.

LEC. Cualquiera que sea esa confianza, me honra, y trataré de hacerme digno de ella. (Razon tenia su hermano; es divina.)

MARG. Lo que tengo que deciros... perdonad, no soy dueña... (*se apoya en una silla*)

LEC. Tan dificil es de decir? O tengo, sin saberlo, aire imponente? (*le toma la mano.*) Hablad..... (qué cara tan peregrina!..)

MARG. Espero, señor baron, (*retirando su mano.*) que esas palabras son de mera galanteria?

LEC. No; bajo mi palabra de honor, es la pura verdad.

MARG. Y que aun cuando penseis lo que decis, ese no seria suficiente motivo para que dieseis un gran precio...

LEC. Si tal, os lo juro.

MARG. Vos mirareis el matrimonio, como cosa grave?

LEC. Segun; si eligiese una viuda, por ejemplo...

MARG. En fin, señor, perdonad si me he equivocado; pero he creido que os habiais formado la idea de que convendriamos en sentimientos, acerca de la boda proyectada entre los dos.

LEC. No, nunca, y sobre todo desde que os he visto, no creo ser digno de vuestro. ... ¿cómo diré?.... De vuestro amor. Pero mi nombre y mi posicion social, me hacen digno, sino de vuestro cariño, al menos de vuestra mano

MARG. Y cómo separar una cosa de la otra? ..

LEC. Las tres cuartas partes de los casamientos se hacen asi. . se casan... el hombre por tener una muger, y la muger por tener un marido; el matrimonio es una posicion, un acomodo social; qué intervencion quereis que tengan en eso los sentimientos ni el amor?

MARG Perdonad, yo acaso me he esplicado mal; la timidez de una joven soltera al hablar en esta materia...

LEC. Nada de eso; hablais lo mismo que Clara Harlowe; claro como la luz del dia, y yo lo entiendo perfectamente.

MARG. Cómo, señor!.... Si veo en el fondo de mi corazon, la imposibilidad de amar jamás...

LEG. No hay ninguna necesidad de decirlo

MARG. Y por qué?

LEC. Por qué..... por qué.... seria demasiada candidez.

MARG. Y si yo no os lo dijera por candidez, sino por delicadeza, si añadiese: que he amado, qué amo todavia?..

LEC. A algun primito, no es esto? Los primos son malos bichos; pero ya sabemos lo que son esa clase de pasiones; no hay una colegiala, que, al fin de las vacaciones, no vuelva al convento con una pasion que la consume.

MARG Por desgracia, yo no estoy en ese caso, y aunque joven todavia, hace tiempo que pasé de esa edad. Cuando hablo al hombre que me hace el honor de solicitar mi mano, de mi amor á otro, debe creer que le hablo de un amor grave, profundo, eterno; de uno de esos amores cuyas raices salen del corazon con la vida.

LEC. Qué diablo! Esto parece una pastorela. Veamos; y es un joven de recibo?

MARG. Oh! Es el mejor, el mas decidido de los amantes.

LEC. No hablo de las cualidades del corazon; esas son buenas todas, convenido... lo que os pregunto es si es noble..... si puede una muger..... confesarlo.... sin hacer daño á su marido.

MARG. Su padre, á quien perdió siendo muy niño, era consegero en la corte de Rennes.

LEC. Nobleza de ropa; mas me gustaria otra cosa: pero en fin, no todos tienen la fortuna del duque de Longueville, que escogió él mismo los amantes de su muger. El dejará pasar seis meses, por el qué dirán, se hará presentar por un amigo en vuestra casa, y se acabó, no hay mas que decir.

MARG. No os entiendo, caballero.

LEC. Pues es la cosa mas sencilla del mundo; vos teneis vuestros amores y yo los mios; eso no debe ser obstáculo á la union que nos conviene bajo todos aspectos, y que procuraremos dulcificar en cuanto sea posible.

MARG. (*retrocediendo*) Yo he sido muy imprudente, muy culpable acaso; pero no crei merecer semejante injuria... ah! me lleno de verguenza... aun mas por vos que por mi. Si, comprendo lo quereis... el rostro del vicio y la máscara de la virtud! Y es á mi, á la hija de la marquesa d'Auray, á quien se propone ese tráfico vergonzoso, vil, infame! Oh! qué desgraciada soy! (*cae sobre una silla ocultándose el rostro entre las manos.*)

LEC. (*llamando.*) Conde?

ESCENA III.

Dichos, el CONDE.

LEC. Amigo, vuestra hermana padece accidentes; es necesario tener cuidado no llegue á hacerse crónica la enfermedad. Tomad este pomo, hacédselo respirar. (*vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

El Conde *y* Margarita.

Con. Margarita, qué haces? Estás llorando? Vamos, firmeza.... Ya hay tres ó cuatro personas; ha llegado el notario, mi padre va á bajar.

Marg. Mi padre? Estás seguro?

Con. Es indispensable que presencie la ceremonia. *(vase por el fondo.)*

Marg. Pues bien, si, es mi última, mi sola esperanza. Dios mio, dadme valor!

ESCENA V.

Margarita, Pablo *entra por el fondo.*

Pab. Os buscaba. Qué hay?

Marg. Se lo he dicho todo.

Pab. Y qué?

Marg. Dentro de diez minutos se firmará el contrato.

Pab. Me lo figuraba. Es un miserable.

Marg. Y qué haré?

Pab. Valor, Margarita.

Marg. Valor.. oh! ya no le tengo.

Pab. (*presentándole un papel.*) Eso os lo devolverá.

Marg. Qué contiene este papel?

Pab. El nombre de la aldea donde os espera vuestro hijo, y las señas de la muger en cuya casa está.

Marg. Ah! sois mi angel tutelar!

Pab. Silencio! Suceda lo que suceda, me encontrareis en la casa de Achard.

Marg. Bien. (*entra en la biblioteca.*)

ESCENA VI.

El Conde, Pablo.

Con. (*entra por la derecha.*) Os esperaba hace una hora, y donde no hubiese tanta gente.

Pab. Me parece que estamos solos.

Con. Si, pero dentro de un instante estará este salon lleno.

Pab. Se pueden decir muchas cosas en un instante, señor conde.

Con. Teneis razon; pero es preciso encontrar un hombre que no necesite mas que un instante para comprenderlas.

Pab. Ya escucho. (*el baron sale por la puerta de la derecha, se va hacia el foro y escucha sin ser visto de los dos.*)

Con. Me habeis hablado de cartas?..

Pab. Cierto.

Con. Habeis puesto un precio á esas cartas?

Pab. Tambien es cierto.

Con. Pues bien; estais pronto á dármelas por ese precio?

Pab. Remitid á mañana el firmar el contrato, y concededme una entrevista para esta noche.

Con. El contrato se ha de firmar ahora, la entrevista es inútil, puesto que nos estamos viendo. Estais pronto?

Pab. Escuchadme.

Con. Si, ó no?

Pab. (*con frialdad.*) No.

Con. A qué hora quereis dar un paseo mañana conmigo?

Pab. Siento no poder aceptar vuestra oferta, señor conde.

Con. Es que sin duda no me habeis entendido bien...

Pab. Al contrario; perfectamente.

Con. Ese paseo no es otra cosa...

Pab. Que un duelo.

Con. Y rehusais?

Pab. Conde, no puedo batirme con vos.

Con. No podeis batiros conmigo?..

Pab. Por mi honor.

Con. Que no podeis, decis? (*Lectoure suelta una carcajada.*)

Pab. (*volviéndose.*) No. ... pero puedo batirme con el señor, que es un miserable y un infame.

Con. Qué quiere decir?...

Pab. (*bajo al baron.*) Habeis oido?

Lec. Si; lo que siento es que os habeis olvidado de que hay hombres á quienes no hay necesidad de insultar para hacerlos batir.

Pab. Acordaos de que teneis la eleccion de sitio, hora y armas.

Lec. El conde arreglará todas esas cosas con vuestro padrino, yo nada tengo que intervenir en eso.

Con. En cuanto á mi, espero que creereis que no hago mas que dejarlo para despues.

Pab. Silencio, que vienen.

Con. Y vos os quedais?

Pab. Me quedo.

Con. Aqui?

Pab. Aqui ó en esa biblioteca, si os place mejor. (*entra en la biblioteca.*)

Con. Jazmin! (*entra Jazmin.*) Que entren aqui.

ESCENA VII.

Dichos, á la izquierda, á la derecha el Notario *que coloca el contrato sobre la mesa;* Caballeros.

Pat. (*anunciando.*) La señora marquesa.

Marq. (*entra por el foro.*) Estoy muy agradecida á la honra que me dispensais, señores, asistiendo á la boda de mi hija con el baron de Lectoure; por eso he deseado que el marqués, aunque tan enfermo, viniese á esta reunion, y os lo agradeciera al menos con su presencia si no lo puede hacer de otra suerte. Ya conoceis su situacion, y no os admirareis si algunas palabras sin concierto...

Lec. Si, señora, sabemos su desgracia, y admiramos á la tierna esposa que hace veinte años soporta á medias con él su desgracia.

Con. (*besando la mano á su madre.*) Ya lo veis, señora; todo el mundo hace justicia á vuestras virtudes.

Marq. (*á media voz.*) Dónde está Margarita?

Con. (*lo mismo.*) Estaba aqui hace un instante.

Marq. Haced que la llamen.

Pat. (*anunciando.*) El marqués d'Auray.

ESCENA VIII.

Dichos, el Marques, vestido de corte y con la cruz de San Luis. Entra sostenido por dos criados; se para á la puerta y mira con admiracion á cuanto le rodea: despues avanza, se sienta en una silla colocada enmedio del salon al lado de la mesa, y deja caer la cabeza sobre el pecho, lanzando un suspiro. El conde se va.

Nor. Leeré el contrato?

MARQ. Es inútil, puesto que las partes interesadas conocen las condiciones que encierra. Que firmen los testigos. (*el notario da la pluma á uno de los caballeros; dos de ellos firman como testigos.*)

CON (*que trae á Margarita*) Aquí está Margarita.

MARG. (*despues de saludar, dirigiendose á su madre*) Señora...

MARQ. (*le hace un gesto severo.*) Firmad vos, hijo mio (*el conde firma.*) Vos, señor baron (*el baron firma, le devuelve la pluma y pasa á la izquierda.*) Vos, Margarita.

MARG. (*dando un paso.*) Señora...

MARQ (*dandole la pluma por encima de la cabeza del marqués.*) Firmad.

MARG. (*se acerca temblando y estiende la mano para tomar la pluma.*) No, no, jamas! (*echandose á los pies del marqués.*) Padre mio! Tened piedad, compadeceos de mi!

MARQ. (*bajandose, á media voz.*) Qué haceis, estais loca?

MARG. Padre mio!

MARQUES. (*levantando la cabeza.*) Quién me llama? Esta voz... qué haceis ahí á mis pies, qué me pedis?

MARQ. Margarita!

MARG. Señora, yo no puedo dirigirme á vos; dejadme implorar á mi padre, á menos que querais mejor que invoque la ley. (*señalando al notario.*)

MARQ. (*con sonrisa forzada.*) Señores, esta es una escena de familia, y este género de cosas, tan triste para los padres, es harto fastidioso para las personas estrañas. Tened la bondad, pues, de pasar á otra habitacion; hijo, haced vos los honores de la casa... señor baron, perdonad.

BAR. No hay de qué, señora. (*todos saludan y se van.*)

ESCENA IX.

El MARQUES, MARGARITA, *la* MARQUESA.

MARQ. (*cuando ha salido la última persona, cierra la puerta y se coloca á la izquierda de Margarita*) Ahora que no hay aquí mas que los que tienen derecho de mandaros, firmad ó marchaos.

MARG. Oh! por piedad, señora. (*la marquesa la agarra por un brazo; ella se dirige al marqués.*) Padre mio, perdon! No; despues de diez años que hace que no le veo, quién me arrancará de sus brazos, sin que me reconozca? Señor... soy yo... vuestra hija...

MARQUES. Qué voz tan dulce! Quién es esta niña que me llama su padre?

MARQ. Es una voz que se alza contra los derechos de la naturaleza, es una hija rebelde.

MARG. Salvadme, padre mio... salvad á Margarita...

MARQUES. Margarita... Yo tuve una hija que se llamaba así.

MARG. Soy yo... yo soy vuestra hija.

MARQUES No hay mas hijos que los que obedecen; obedeced, y tendreis derecho á llamaros nuestra hija.

MARG. Oh! á vos, padre mio, estoy pronta á obedeceros... . pero vos no quereis hacerme desgraciada; vos no me mandareis que muera.

MARQUES. (*abrazándola.*) Ven, ven... Qué sensacion tan deliciosa! Oh! me parece.. que me acuerdo...

MARQ. Señor!

MARQUES. (*levantando la cabeza.*) Callad, callad; no os he dicho que me acuerdo? Habla, hija mia, qué tienes?

MARG. Soy muy desgraciada!

MARQUES. Con que todo el mundo es desgraciado aquí? Los jóvenes y los ancianos? Ah! yo tambien lo soy. (*cae de nuevo en el sillon.*)

MARQ. (*que ha pasado á su derecha.*) Marqués, es preciso que subais á vuestro cuarto.

MARQUES Para encontrarme frente á frente de vos?... No; eso es bueno para cuando estoy demente.

MARG. Si, padre mio, teneis razon; ya hace mucho tiempo que mi madre se desvela por vos; ahora le toca cuidaros á vuestra hija. Si quereis, no me separaré de vos ni de dia ni de noche.

MARQUES. Ah! no tendrás valor para hacerlo.

MARG Si, lo haré; vuestra hija...

MARQUES. Si eres mi hija, por qué no te he visto hace diez años?

MARG Me han dicho que no queriais verme; que ya no me amabais.

MARQUES. Te han dicho que no queria verte, angel mio? Te han dicho que un pobre condenado no quiere el cielo? Y quién es quien te ha dicho que un padre no quiere á su hija? Quién ha osado decirtelo?

MARQ Yo.

MARQUES. Vos!.. Vos estais encargada de engañarme en todas mis afecciones; todos mis dolores me vienen de vos; vos despedazais el corazon del padre, como lo hicisteis con el del marido. (*se levanta.*)

MARQ. Delirais...

MARQUES, Decid mas bien que estoy entre un angel que me quiere volver á la razon y un demonio que quiere volverme á la demencia. No; ya no estoy loco... quereis que os lo pruebe?.. Quereis que os hable de cartas, de adulterio y de duelo?

MARQ. (*asiéndole por el brazo*) Estais mas loco que nunca, cuando decis semejantes cosas, sin advertir en quien las oye. Mirad, mirad quien está aquí, y ved si os atreveis á decir que no estais loco.

MARQUES. Teneis razon. (*cayendo en el sillon.*) Tu madre tiene razon, y yo soy un insensato..... No creas lo que yo digo... creela á ella, que es la misma virtud... Qué es lo que quiere tu madre?

MARG. Mi eterna desgracia.

MARQUES. Y cómo puedo impedir yo esa desgracia? Yo creo estar viendo siempre una herida, la sangre que corre por ella... yo que oigo hablar á una tumba...

MARG. Todo lo podeis, decid una palabra. Quieren casarme con un hombre á quien no amo... entendeis? Con un miserable, un infame... y os han traido aquí para que firmeis el contrato. Miradle ahí... ahí está!

MARQUES Sin consultarme? Sin preguntar si yo lo quiero? Me creen muerto y me temen menos que á un espectro. Dices que esa boda te hace desgraciada?

MARG. Para toda la vida.

MARQUES. Esa boda no se hará.

MARQ He empeñado vuestro nombre y el mio.

MARQUES. Os digo que no se hará. (*se levanta.*) Un matrimonio en que la muger no ama á su marido, hace perder el juicio... Yo no, hija mia .. la marquesa me ha amado siempre... fielmente. Lo que me tiene privado de la razon es otra cosa .. este contrato... (*quiere cogerlo; la marquesa se lo impide*) lo que me pone fuera de juicio es una tumba que se abre, un espectro que sale de la tierra... que me habla, que me dice ..

MARQ. (*repitiéndole al oido las palabras de Morlaix al espirar*) Vuestra vida es mia...' puedo disponer de ella.

MARQUES. Lo oyes? Lo oyes?

MARQ. (*continuando.*) Pero quiero que vivais para perdonarme, como yo os perdono.

MARQUES. (*dejándose caer en el sillon.*) Perdon, perdon...

MARG. Padre mio!

MARQ (*triunfante*) Ya lo veis... está loco.

MARG. Oh! mi voz, mis caricias le volverán la razon.

MARQ. Probad.

MARG. Padre mio!

MARQ. Señor, tomad esta pluma y firmad; yo lo mando. (*le coge la mano y le hace firmar; el marqués no concluye*)

MARG. Ah! soy perdida!

ESCENA X.

Dichos, PABLO, *despues el* CONDE *y el* BARON.

PAB. Marquesa d'Auray.

MARQ. Quién me llama?

CON. *y* LEC. (*entrando por el fondo.*) Caballero. .

PAB (*rechazándolos con una mirada.*) Atrás.

LEC. Me dareis satisfaccion...

PAB No tengais cuidado, Marquesa; necesito hablaros un instante,

MARQ (*retrocede mirándole con espanto.*) Es un espectro!

MARQUES. (*levantándose.*) Esa voz. (*viéndole.*) conozco esa cara. (*va derecho á él.*) Morlaix, Morlaix... Ah! perdónamel (*cae de nuevo, su hijo le sostiene.*)

MARG Padre mio!

PAT. (*va con precipitacion á la derecha de la marquesa.*) Señora, el anciano Achard pide el médico y el capellan del castillo... está espirando.

MARQ. (*mirando á Pablo con espanto y señalando al marqués.*) Responded que los necesita el marqués.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

La habitacion de Achard; la escena está dividida por un tabique que separa los dos cuartos; en el primero, á la izquierda del actor, la puerta de entrada en el fondo, una ventana figurada en primer término, cubierta con una gran cortina; en medio, á la derecha, la puerta de comunicacion; en el segundo cuarto, una cama con cortinas verdes, un crucifijo de madera, una mesa á la cabecera con una lámpara encendida encima y una biblia; una ventana y un gran sillon; en frente, á la izquierda de la puerta, un armario. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUIS ACHARD, *sentado*; PATRICIO, *junto á él.*

PAT. Necesitais alguna otra cosa, señor Achard?

LUIS. No; nada

PAT. Quereis que os envie á alguien?

LUIS. A un sacerdote.

PAT. Ya sabeis que á dos leguas en contorno no hay otro mas que el capellan del castillo.

LUIS. Entonces, gracias; dejadme.

PAT. Hasta la vista, señor Achard.

LUIS. Adios. (*vase Patricio.*)

ESCENA II.

ACHARD, *solo.*

El capellan y el médico del castillo están asistiendo al marqués. Dios nos llama á si al mismo tiempo! Es justicia celeste... Pero es justicia humana, dejarme morir sin socorro y sin consuelo? .... No podriamos partir entre los dos?... El que teme la muerte, quedarse con el médico, y á mi, que estoy cansado de vivir, enviarme el sacerdote?... El hubiera oido mi confesion, hubiera recibido los papeles,.... y la marquesa!. . Oh! ella es la que me dá una muerte solitaria y desesperada como mi vida. Y sin embargo, el último adios de una voz consoladora hubiera hecho dulce el trance de la muerte. (*deja caer la cabeza.*) Dios no lo ha querido. . Resignacion!

ESCENA III.

ACHARD, PABLO, *entra precipitado.*

PAB. Padre mio!

LUIS. Ah! eres tú?... No crei volverte á ver.

PAB. Habeis podido pensar que en cuanto supiese vuestro estado ..

LUIS. Pero no sabia dónde buscarte...

PAB. Estaba en el castillo; lo he sabido, y he venido corriendo. Pero cómo estais solo, aqui, sin ningun socorro?. .

LUIS. Me han rehusado un médico y un confesor.

PAB. Yo montaré á caballo, y dentro de una hora...

LUIS Dentro de una hora será demasiado tarde. Ademas, conozco que el médico seria inútil; solo un sacerdote...

PAB. Yo no puedo reemplazarle, lo sé, en sus funciones sagradas; pero hablaremos juntos de Dios, de su grandeza y de su bondad.

LUIS. Si, pero concluyamos primero con las cosas de la tierra, para no pensar mas que en las del cielo. Diceu que el marqués está tambien espirando?

PAB. Asi lo dicen.

LUIS. Sabes que despues de su muerte, te se deben entregar los papeles que hay en este armario?

PAB. Lo sé.

LUIS. Si muero antes que él, si muero sin confesor á quien encargar este depósito... (*mostrándole una llave bajo la almohada.*) tomarás esta llave, que es del armario; en él encontrarás una cajita; eres hombre de honor... júrame que no la abrirás hasta que haya muerto el marqués.

PAB. Os lo juro.

LUIS. Bien: ahora espiraré tranquilo.

PAB. El hijo os tiene la mano en este mundo, y su padre os la tiende desde el cielo.

LUIS. Crees que estará contento de mi fidelidad?

PAB. Ningun rey ha sido obedecido en vida como él despues de su muerte.

LUIS. Si; he sido demasiado exacto en cumplir sus órdenes. No debí permitir aquel duelo... debí negarme á servir de testigo. Escucha, Pablo... esto era lo que yo queria haberle dicho á un confesor, porque es la única cosa que pesa sobre mi conciencia: hay momentos de duda en que miro aquel combate solitario como un asesinato, y entonces... yo no seria testigo, sino cómplice!...

PAB. No sé si las leyes de la tierra están siempre de acuerdo con las del cielo, y si el honor, segun los hombres, es la virtud segun Dios. No sé si nuestra iglesia, enemiga de sangre, permite que el ofendido trate de vengar por sí mismo su injuria, y si en este caso es el juicio de Dios el que dirige la bala ó la punta de la espada. Estas son cuestiones que resuelve solo la conciencia, y mi conciencia me dice que en vuestro lugar yo hubiera hecho lo mismo que hicisteis. Si la conciencia que me engaña, os engañó á vos tambien, yo como nadie tengo derecho á perdonaros, y os perdono en nombre de mi padre.

LUIS. Gracias... esas son las palabras que necesita el alma de un moribundo. El remordimiento es terrible! El nos conduce hasta dudar de Dios, porque dudando de él, se duda del castigo.

PAB. Yo tambien he dudado muchas veces: porque aislado y perdido como me hallaba en el mundo, sin familia y sin apoyo sobre la tierra, buscaba ese apoyo en Dios, pedia á cuanto me rodeaba una prueba de su existencia, y me decia: Si supiese dónde encontrar la tumba de mi padre, la preguntaria tambien.

LUIS. Pobre joven!

PAB. Busquemos á Dios, me dije entonces, en su misma obra. Desde aquel momento empezó para mi esta vida errante; que será siempre un misterio entre el cielo, la mar y yo. Ella me estravió en las soledades de la América; porque pensaba que un mundo mas nuevo debia estar mas cerca de Dios. Y allí en sus bosques virgenes, en que acaso habia yo entrado el primero de todos los hombres, sin otro abrigo que el cielo, sin mas lecho que la tierra, abismado en un solo pensamiento, escuché cien mil ruidos diversos de la naturaleza que se duerme, ó del mundo que se despierta..... Mucho tiempo estuve aun sin comprender aquel lenguaje desconocido, que forman, mezclándose, el murmullo de los rios, el vapor de los lagos, el eco de los bosques, y el perfúme de las flores... En fin, poco á poco desapareció el velo que cubria mis ojos y el peso que oprimia mi corazon, y empecé á creer que aquellos rumores de la tarde y aquellos ruidos del crepúsculo, no eran otra cosa que un himno universal, por el cual las cosas creadas dan gracias á su creador!... Entonces busqué en el Océano el resto de conviccion que la tierra me rehusaba. La tierra no es mas que el espacio; el Océano es la inmensidad! El Océano es lo mas grande, lo mas fuerte y lo mas poderoso despues de Dios... Yo le he oido rugir como un leon irritado... despues, á la voz de su amo, acostarse como un perro sumiso. Le he sentido levantarse como un gigante rebelde que quiere escalar el cielo... y en seguida, bajo el látigo de la tempestad, quejarse como un niño que llora. Le he visto cruzar sus olas con el relámpago tratando de apagar el rayo con su espuma, y aplanarse despues como un espejo, y reflejar hasta la última estrella del cielo. En la tierra reconocí la existencia; en el Océano reconocí el poder. En la soledad, oí la voz del Señor; pero en la tempestad le vi pasar, como Ezequiel. Desde entonces huyó la duda de mi corazon; creí y oré.

LUIS. (*arrodillandose con las manos juntas y rezando á media voz.*) Creo en Dios Padre, Todo-poderoso.

PAB. (*continuando.*) Un sacerdote no os hubiese hablado de este modo: yo he hablado como marino, y con una voz mas habituada á pronunciar palabras de muerte, que de consuelo: perdonad....

LUIS. Me haces orar y creer como tú.... qué mas hubiera podido hacer un sacerdote? (*vo hácia su cama apoyado en Pablo.*) Lo que me has dicho es grande... déjame pensar en ello. (*se acuesta.*) Cuando me sienta morir, yo te llamaré.

PAB. (*cerrando las cortinas.*) Aqui estaré. (*se sienta en una silla al pie de la cama y permanece un instante absorto en sus pensamientos; de repente se oye el nombre de Pablo.*)

MARG. (*dentro.*) Pablo!

PAB. (*levantando la cabeza con precipitacion.*) Quién me llama?

MARG. (*cerca de la puerta, fuera.*) Pablo!

PAB. (*lanzándose á la puerta.*) Es su voz! (*abre la puerta, y vé á Margarita de rodillas con el cabello desordenado.*) Qué tienes, habla?.... Qué temes?

ESCENA IV.

PABLO, MARGARITA.

MARG. Ah! socorredme!

PAB. (*la levanta.*) Quién te persigue?... A estas horas?...

MARG. A cualquiera hora de la noche hubiera huido, mientras hubiera hallado tierra por donde hacerlo, hasta encontrar un corazon que reciba mis lágrimas... un brazo que me defienda... Pablo .. ha muerto mi padre!

PAB. Desventurada criatura!... Dejas la muerte en el castillo, y vienes á encontrarla en la cabaña!

MARG. Si; pero aqui mueren con tranquilidad, y allá en la desesperacion. Ah! si hubieseis visto....

PAB. Decid ..

MARG. Ya sabeis la terrible influencia que vuestra voz y vuestra presencia causaron en mi padre...

PAB. Si.

MARG. Lo llevaron á su cuarto sin conocimiento.

PAB. Hablaba á vuestra madre, y no tengo la culpa de que él me oyese.

MARG. Yo no pude resistir á mi inquietud, y á riesgo de irritar á mi madre, subí á verle; estaba cerrada la puerta, llamé y oí su voz débil que preguntó, quién era.

PAB. Y vuestra madre?

MARG. Mi madre no estaba, y lo habia encerrado. En cuanto reconoció mi voz, cuando le respondí que era Margarita, me dijo que subiese por otra escalera secreta que conducia á su cuarto, y un instante despues estaba yo arrodillada delante de su cama, recibiendo su bendicion, que espero me concederá la de Dios.

PAB. Sí, tranquilizate; llora por tu padre, pero no por tí, que te has salvado.

MARG. En aquel momento oí los pasos de mi madre, conocí su voz y mi padre la conoció tambien, porque me abrazó por última vez, y me hizo señas de que saliera: obedecí; pero estaba tan turbada, que equivoqué la puerta, y en vez de tomar la escalera por donde habia subido, entré en un gabinete sin salida. Mi madre entró con el capellan, mas pálida que el que iba á morir. El sacerdote se sentó á la cabecera de la cama; y mi madre permaneció de pié. Yo estaba allí, sin poder huir... obligada á escuchar la confesion de mi padre.... es horrible, no es verdad? Caí de rodillas, cerrando los ojos para no ver, haciendo esfuerzos para no oir, y... sin embargo, vi y oí, á mi pesar, cosas que nunca se borrarán de mi memoria. Oí á mi padre pronunciar las palabras de adulterio y asesinato! Y á cada una de estas palabras, vi á mi madre ponerse mas pálida... levantando la voz para acallar la del moribundo, diciendo: No le creais, no le creais .. está loco .. Pablo; era un espectáculo horroroso, sacrilego, impio!... Sentí correr un sudor frio por mi frente, y me desmayé.

PAB. Ah! es horrible!

MARG. Cuando volví en mí, estaba la habitacion silenciosa como una tumba; mi madre y el sacerdote habian desaparecido. Abrí la puerta, tendí la vista sobre la cama, y me pareció distinguir un cadáver... reconocí que todo se habia acabado. Un terror invencible, mortal, me sacó de la estancia; bajé sin poner el pié en ningun escalon... no sé cómo .. en fin, la frescura del aire me hizo conocer que estaba fuera del castillo. Me acordé de que vos estaríais aquí, y corrí á buscaros como si me persiguiese alguna fantasma... Al entrar, me parecio ver á mi madre vestida de luto... Entonces fue cuando oisteis mis gritos, y seguí corriendo hasta que caí junto á esta puerta. Si no me hubieseis abierto, hubiera fallecido. Ya os acordais de que os he dicho que estaba tan turbada, que crei... silencio! (*acercándose á él.*)

PAB. Esos pasos! .. (*se abre la puerta del fondo y aparece la marquesa.*)

MARG. (*ocultándose con Pablo detrás de la cortina de la ventana.*) Mirad, mirad.

ESCENA V.

Dichos, LA MARQUESA.

(El teatro está á oscuras; la marquesa entra lentamente, cierra la puerta con llave y atraviesa la primera habitacion sin ver á Pablo y á Margarita. Entra en la segunda, y se para al pie de la cama de Achard.)

LUIS. (*levantando una cortina.*) Quién es?

MARQ. Yo.

LUIS. Vos? Y qué venis á hacer al lecho de un moribundo?

MARQ. Vengo á proponeros un trato.

LUIS. Para perder mi alma, no es verdad?

MARQ. Para salvarla. Achard, tú no necesitas mas que una cosa en este mundo, y es un confesor.

LUIS. Me habeis negado el del castillo.

MARQ. Si quieres, dentro de cinco minutos estará aquí.

LUIS. Pues hacedle venir, pero despachaos.

MARQ. Y si te doy la paz del cielo, me darás tú la de la tierra, dí?

LUIS. Qué puedo hacer?

MARQ. Tú necesitas un sacerdote para morir. Ya sabes lo que yo he menester para vivir.

LUIS. Quereis cerrarme el cielo por un perjurio?

MARQ. Quiero abrírtele por un perdon.

LUIS. Ya lo he recibido.

MARQ. Y de quién?

LUIS. Del único que podia concedérmelo.

MARQ. (*con ironía.*) Ha salido Morlaix de su tumba?

LUIS. No; pero ha dejado un hijo sobre la tierra.

MARQ. Y tú le has visto tambien?

LUIS. Sí.

MARQ. Y se lo has dicho todo?

LUIS. Todo.

MARQ. Y los papeles que acreditan su nacimiento?

LUIS. No habia muerto el marqués: los papeles están aquí.

MARQ. Achard! (*cae de rodillas.*) Ten piedad de mí!

LUIS. Vos de rodillas, señora?

MARQ. Sí, anciano, sí; estoy de rodillas, y te suplico y te imploro .. porque tienes entre tus manos moribundas el honor de una de las familias mas nobles de Francia; mi vida pasada y mi porvenir. De esos papeles dependo yo, mas que yo: mi nombre, el de mis hijos; y sabes lo que he sufrido por conservar ese nombre sin tacha? Crees, que no abrigaba en mi corazon, como las otras mujeres, sentimientos de amante, de esposa y de madre? Pues bien, todos los he ahogado, unos tras de otros; y la lucha ha durado veinte años.

MARG. (*en el otro cuarto.*) Qué es lo que dice, Dios mio!

PAB. Escucha! El Señor permite que lo sepas todo.

LUIS. Vos habeis dudado de la bondad de Dios, señora; habeis olvidado que su misericordia perdona á la esposa culpable.

MARQ. Sí; pero los hombres no la hubieran perdonado... Los hombres, que hace veinte generaciones se han habituado á respetar mi nombre, á honrar á mi familia, me hubieran humillado con su desprecio. Dios (*se levanta.*) espero que me perdonará por lo mucho que he sufrido. Pero los hombres no perdonan nunca. Además, no seria yo la sola que me espusiera á sus injurias, sino que tambien alcanzaria á mis hijos. Y creeis que tengo derecho de dar por hermano al conde y á Margarita, el otro que tambien es hijo mio? Olvidais que él es el mayor, y que la ley le hace dueño del título, de todas sus riquezas? Y si él invoca esa ley;

qué le queda al conde? Una cruz de Malta, y á Margarita un convento.

MARG. Sí, sí: un convento donde pueda pedir por vos, madre mia.

PAB. Silencio.

LUIS. Ah! no le conoceis, señora

MARQ. Y con qué derecho le pediria que renunciase á todo por mí? El me diria: quién sois, señora?

LUIS. (*debilitandose por grados*) En su nombre, señora... me obligo... juro..

MARQ. (*inclinándose sobre él, y siguiendo los progresos de la muerte.*) Tu te obligas, juras .. y quieres que arriesgue sobre tu palabra los años que me quedan de vida, contra los minutos que te restan á ti para morir? Ya te he suplicado... por la última vez te suplico, te ruego que me vuelvas esos papeles.

LUIS Esos papeles son suyos.

MARQ. (*con fuerza.*) Los necesito.

LUIS. Dios mio!

MARQ. Nadie puede venir, estamos solos; esa llave no se separa nunca de tí, me has dicho.

LUIS. Osareis arrancarla de manos de un moribundo?

MARQ. (*con voz sorda y cayendo en la silla*) No; esperaré.

LUIS. (*incorporándose.*) Dejadme morir en paz: salid. (*tomando el crucifijo.*) Salid, en nombre de Cristo. (*muere.*)

MARQ. (*encorbandose sobre el crucifijo.*) Ah! (*cierra las cortinas de la cama*)

MARG. Qué horror!

PAB. De rodillas, Margarita.

(La marquesa pasa el brazo por entre las cortinas cerradas; arranca la llave de manos de Achard, y se dirige al armario, mirando al lecho con terror. Pablo anda la mitad del camino, y en el momento de acercar la llave á la cerradura, la ase del brazo: ella lanza un grito.)

PAB. Dadme esa llave, madre mia, porque el marqués ha muerto, y esos papeles me pertenecen.

MARQ (*retrocede espantada y cae sobre una silla.*) Justicia de Dios, es mi hijo!

MARG. (*de rodillas en el otro cuarto levantando las manos al cielo.*) Bondad del cielo, es mi hermano!

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del tercer acto: las bujias de los candeleros están encendidas y casi consumidas; la chimenea está bien encendida: una mesa cubierta.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA sola, apoyando los codos en la mesa, y con la vista fija en el contrato en que habia firmado el baron todo su nombre y la mitad del suyo el marqués: toma una campanilla y llama. Se presenta un criado.

Decid á Margarita que su madre la espera en el salon. (*el criado obedece y la marquesa recobra la inmovilidad de su primera actitud.*)

ESCENA II.

LA MARQUESA, *despues* PATRICIO, MARGARITA.

MARQ. (*sola.*) Qué noche... hay momentos en la vida en que los hombres y los acontecimientos se precipitan como si les faltase el tiempo y el espacio, y la lucha no se ha terminado aun... la muerte ha dejado herederos de su secreto.. mi hijo .. . este nombre que alegra el corazon de todas las madres, hiela y despedaza el mio; si, no hay otro medio. (*llama a un criado.*) Llamad al conde.

PAT. Salió á las diez de la mañana con el señor baron de Lectoure.

MARQ. Ha salido!

PAT. Le he visto subir al coche.

MARQ. Que venga su criado.

PAT. Tambien fué con ellos.

MARQ. Y qué coche han llevado?

PAT. El del señor baron.

MARQ. Que enganchen el mio, y decid á mi hija que venga. (*vase Patricio.*) Firmará el contrato, y partirá á Rennes con su hermano: yo me quedaré sola á esperar al otro; le ofreceré mi fortuna en cambio de esos papeles, y sea piedad ó cálculo, espero que el secreto quedará entre los sombrios muros del castillo... Oh! si cada uno de estos antiguos monumentos tuviese memoria y supiese hablar, qué historias tan terribles se contarian unos á otros.

MARG (*al entrar levanta la cabeza la marquesa.*) Señora...

MARQ. Acercaos... . Por qué temblais y estais pálida?

MARG. (*bolbuciente.*) La muerte de mi padre tan repentina, tan inesperada... He sufrido tanto esta noche..

MARQ. (*con voz ahogada.*) Si; yo tambien he sufrido mucho en esta terrible noche, Margarita.... y sin embargo, ya veis que estoy tranquila.

MARG. Dios os ha dotado, señora, de un alma fuerte y severa, pero no podeis exigir la misma fortaleza y severidad de los demas.

MARQ. Por eso no exijo de vos, mas que obediencia. Margarita, el marquès ha muerto, y vuestro hermano es ahora el gefe de la familia; en este instante partis con él á Rennes.

MARG. Yo .. por qué?

MARQ. Porque la capilla del castillo no puede contener á la vez la boda de la hija y los funerales del padre.

MARG. Y no seria mas piadoso, poner un intérvalo mayor entre dos ceremonias tan opuestas?

MARQ. La verdadera piedad es cumplir la última voluntad de los difuntos: tended la vista sobre este contrato, y mirad las primeras letras del nombre de vuestro padre.

MARG. Ah! señora .. y cuando la muerte vino á interrumpir esas letras, estaba mi padre en su juicio? Era dueño de su voluntad?

MARQ. Lo ignoro; lo que sé es que la influencia que le hacia obrar le ha sobrevivido; lo que sé es que los padres, mientras existen, representan á Dios en la tierra. Dios me ha ordenado cosas terribles y he obedecido. Imitadme, y obedeced.

MARG. Tres dias hace que con lágrimas en los ojos y arrastrándome sobre mis rodillas, he ido de los pies de mi hermano á los de ese hombre, y de los de ese hombre á los de mi padre, sin que ninguno de ellos quisiera ó pudiera oirme; porque la ambicion ó la locura gritaban mas que mi voz. Por fin he llegado á vos, que

sois la última persona á quien puedo implorar, pero tambien sois la única, la que me puede entender mejor Si yo no tuviese que sacrificar á vuestra voluntad mas que mi felicidad, la sacrificaria, mi amor mismo os sacrificaria, pero lo que es mi hijo... no, señora; vos sois madre, y yo lo soy tambien.

MARQ. Madre, por una falta.

MARG. Al fin lo soy, señora, y el sentimiento de la maternidad, no necesita santificarse para ser santo: y decidme, vos, que debeis saberlo mejor que yo: si los que nos han dado el ser han recibido de Dios una voz que habla á nuestro corazon, nuestros hijos no tendrán tambien una voz semejante? Y cuando esas dos voces están en contradiccion, á cual de ellas debemos obedecer?

MARQ. Vos no oireis nunca la voz de vuestro hijo, porque no le volvereis á ver jamás.

MARG. Que no volveré á ver á mi hijo? Y quién puede responder de eso, señora?

MARQ El mismo ignorará quien es.

MARG. Y si lo sabe algun dia... si viene á pedir cuenta de su nacimiento?.. Eso puede suceder, señora... y en esa alternativa, quereis que firme?

MARQ. (*despues de un momento de silencio.*) Firmad.

MARG (*lo mismo*) Pero si mi marido llega á saber la existencia de ese hijo, si pide cuenta á mi amante del borron impreso sobre su nombre y de su felicidad?... Si en un combate sangriento, solitario, y sin testigos, en un duelo á muerte, matase á ese amante; y atormentado por su remordimiento, perdiese mi marido la razon?..

MARQ. (*horrorizada.*) Callad, callad.

MARG. Quereis que por conservar puro y sin tacha mi nombre, y el de mis otros hijos, me encierre con un demente? Quereis que separe de él y de mi á todo ser viviente? Que tenga un corazon de hierro para no sentir, de bronce para no llorar? Quereis que me cubra de luto, como una viuda, antes de que muera mi marido? Quereis ver mis cabellos emblanquecidos veinte años antes de tiempo?

MARQ. Callad! callad!

MARG. Quereis que, para que mi secreto muera con los que le guardan, aparte de su lecho funerario á los médicos y á los confesores?.. Quereis, en fin, que vaya de agonia en agonia para cerrar por mi misma, no los ojos, sino la boca de los moribundos?

MARQ. Callad, en nombre del cielo!

MARG Pues bien, mandadme otra vez que firme, y todo eso sucederá, y entonces se cumplirá la maldicion del Señor, y las faltas de los padres caerán sobre los hijos de generacion en generacion.

MARQ. (*sollozando amargamente.*) Oh! Dios mio! Dios mio! Estoy bastante castigada?

MARG. (*de rodillas.*) Perdon, madre mia!.... Perdon!

MARQ. (*levantándose.*) Si, pide perdon, hija desnaturalizada, que has empuñado el látigo de la venganza eterna, para herir con él á tu madre en el rostro.

MARG. Perdon, perdon! No sabia lo que me decia... estaba loca!

MARQ. (*elevando las manos sobre la cabeza de su hija.*) Dios mio, vos habeis oido las palabras que acaba de pronunciar mi hija; no me atrevo á esperar que vuestra misericordia las olvide, pero en el momento del castigo, acordaos de que yo no la maldigo. (*da algunos pasos para salir*)

MARG. (*de rodillas asida á su ropa.*) Madre mia, perdon, perdon! (*la marquesa se vuelve á ella, le lanza una mirada terrible y sale por la derecha. Margarita cae dando un grito.*) Ah!

ESCENA III.

MARGARITA *desmayada*; PABLO *entra por el fondo.*

PAB. (*incorporando á su hermana.*) Margarita; hermana mia, vuelve en ti.

MARG. (*vuelve en si.*) Pablo! Ah! solo vos podiais socorrerme... sois mi providencia. (*se levanta ayudada de Pablo.*)

PAB. Ese contrato arrugado sobre la mesa, y vuestro desmayo, me dicen lo bastante; es tiempo de hacer que cese el suplicio de la marquesa, y de que se verifique la entrevista que vengo á buscar aqui. Margarita, decidle que el capitan Pablo espera sus órdenes.

MARG Voy allá. (*Pablo la conduce hasta la puerta de la derecha.*)

PAB. (*solo.*) Comprendo lo que debe pasar en este instante en el corazon de la marquesa, que al cabo de veinte años de silencio y agonias, vé, sin saber cómo, descubierto un secreto á una de las personas á quien tenia mas interés en ocultarlo.

ESCENA IV.

EL CONDE *y* PABLO.

(*El conde llega por el fondo con dos pistolas en la mano: Pablo le saluda con dulzura, el conde le contesta con orgullo*)

CON. (*poniendo las pistolas sobre la mesa, se detiene á alguna distancia de Pablo.*) Iba á buscaros, caballero, sin saber á donde, porque, como los males genios de nuestras tradiciones populares, parece que sentis el don de hallaros en todas partes y en ninguna; por fin, un criado me ha dicho que os ha visto entrar en el castillo: y os agradezco que me hayais ahorrado el trabajo que habia resuelto tomarme para buscaros.

PAB. Celebro que mi deseo en esta ocasion, aunque inspirado por distintos motivos, probablemente haya estado de acuerdo con el vuestro. Puedo saber lo que quereis de mi?

CON. No lo adivinais? En ese caso, permitidme que me admire de que conozcais tan mal los deberes de caballero y de militar, y este es un nuevo insulto que me haceis.

PAB. (*con calma.*) Creedme, conde...

CON (*con altivez*) Ayer era conde, hoy soy el Marqués d' Auray, no lo olvideis. (*Pablo se sonrie.*) Decia, pues, que conoceis mal los sentimientos de caballero, si habeis pudido creer que yo permitiria que otro sostuviese el lance que vinisteis á provocar ayer. Porque vos fuisteis quien vino á buscarme y no yo.

PAB. (*sonriéndose.*) El señor marqués d' Auray olvida su visita á bordo de la Indiana.

CON. Dejaos de eso, y vamos al caso: ayer, no sé

por qué sentimiento estraño é inesplicable, cuando os ofrecí lo que acepta, no diré cualquier caballero, cualquier oficial, sino lo que acepta sin titubear cualquier hombre de corazon, vos lo rehusasteis y buscasteis detrás de mí un adversario, si no del todo estraño á la cuestion, al menos no podia intervenir en ella.

PAB. (*siempre con calma.*) Creed, que en eso obedecí á ciertas exigencias que no me permitian admitir el contrato Vos me ofreciais un duelo que no podia aceptar, pero que me era indiferente con cualquier otro; estoy muy acostumbrado á lances mas terribles y sangrientos, para que uno de esa especie sea á mis ojos otra cosa que uno de los accidentes habituales de mis borrascosos dias. Acordaos solo de que no fui yo quien provocó el duelo, vos me lo propusisteis; y repito, que no pudiendo batirme con vos, escogí al baron de Lectoure, por ser el que estaba mas cerca, y porque, si era preciso matar á alguien, preferia matar á un fátuo que para nada sirve, mejor que á un valiente campesino, que se creeria deshonrado, si soñára siquiera la vil proposicion que el baron os hace. El duelo se ha verificado, y ha terminado sin derramar una gota de sangre. Dios hizo que yo le desarmase dos veces; podia haberle matado y le perdoné la vida. No me preguntéis nada mas, ni trateis de que os dé otra esplicacion, pues os juro por mi honor, que no puedo dárosla.

CON. (*con impaciencia.*) Y habeis creido que yo me contentaria con semejante combate? Habeis creido que todo se habia concluido? Habeis creido que el misterio que os rodea, os libertaria de mi cólera? Caballero, el tiempo de los enigmas se acabó Vivimos en un mundo muy positivo. Vuestra presencia en este castillo, ha sido acompañada de circunstancias muy fatales, para que se necesite añadir lo que es á lo que no es. Lusiñan aquí, á pesar de la órden que le condena al destierro; mi hermana rebelde por la primera vez á la voluntad de su madre; un padre á quien mató vuestra sola presencia; estas son las desgracias que os han acompañado, que han venido con vos desde el otro estremo del mundo, como un cortejo fúnebre, y de ellas he de pediros cuenta. Hablad pues... hablad... ya veis que estoy tranquilo. Si teneis alguna revelacion que hacerme, ya os escucho.

PAB. (*siempre con calma.*) El secreto que me preguntais no me pertenece; creedme y no insistais mas. Adios. (*hace un movimiento para retirarse.*)

CON. (*se lanza á la puerta y le impide el paso.*) Oh! no saldreis así, estamos solos; poned atencion en lo que vais á oir; yo he sido insultado por vos, me debeis una reparacion, y os batireis.

PAB. Estais loco. Ya os he dicho que eso es imposible; dejadme, pues, que me retire.

CON. (*tomando la pistola: Pablo va á apoyarse en la chimenea.*) Despues de haber empleado todos los medios del mundo para obligaros á que os portaseis como un caballero, puedo trataros como un canalla! Estais en una casa que os es estraña, y en la que habeis entrado no sé por qué ni cómo; sino habeis venido á ella á apoderaros de nuestro oro y de nuestras alhajas, habeis venido á robar la obediencia de una hija á su madre, y la promesa sagrada de un amigo á otro; sois pues un ladron, á quien pillo en el momento de poner la mano sobre un tesoro, tesoro de honra, el mas precioso de todos. Creedme, tomad esa arma, y defendeos! (*tira la pistola á los pies de Pablo.*)

PAB. (*sin variar de actitud*) Podeis matarme, aunque creo que Dios no permitirá semejante crimen; pero no podreis obligarme á que me bata con vos. Os lo he dicho, y os lo repito.

CON. Recoged esa pistola! Recogedla, y defendeos! (*Pablo se encoge de hombros sin responder, y aparta la pistola con el pie. El conde continua fuera de sí*) Pues bien; ya que no quieres defenderte como un hombre, muere como un perro! (*levanta la pistola á la altura del pecho de Pablo.*)

ESCENA V.

Dichos, MARGARITA.

(Margarita dá un grito, y se lanza sobre el conde; al mismo tiempo sale el tiro, que la accion de Margarita desvia, pasa la bala por encima de la cabeza de Pablo, y rompe el espejo de la chimenea que está detrás de él.)

MARG (*corriendo hacia Pablo y abrazándole.*) Hermano mio... no estás herido?

CON. Tú hermano? (*dejando caer la pistola.*)

PAB. Comprendeis ahora, por qué no queria batirme con vos?

ESCENA VI.

Dichos, LA MARQUESA.

(Se abre la puerta del foro y aparece la marquesa: el Conde y Margarita se echan á sus pies, tomándole cada uno una mano, que cubren de besos.)

MARQ. (*despues de un momento de silencio.*) Gracias, hijos mios; dejadme sola con ese joven. (*se levantan, se inclinan con respeto y salen.*)

ESCENA VII.

LA MARQUESA, PABLO.

(La marquesa cierra la puerta, dá algunos pasos por la sala, y sin mirar á Pablo, va á apoyarse en el respaldo de una silla junto á la mesa donde está el contrato.)

MARQ. (*de pie con la vista fija en el suelo*) Quereis verme, caballero... y aquí me teneis; quereis hablarme, y ya os escucho.

PAB. (*con oficcion.*) Si, señora, si; ya hace mucho tiempo que ocupa mi corazon el deseo de hablaros. Los recuerdos de mi infancia me atormentaban. Me acordaba de una muger que habia visto llegar á mi cuna, y que en mis sueños juveniles veia yo como el ángel de mi guarda. Desde aquella época, que tanto recuerdo, aunque tan lejana, me he despertado muchas veces estremecido, como si acabára de sentir mi frente la impresion de un beso maternal; despues no veia á nadie á mi lado..... Llamaba á aquella muger creyendo que se habria ido, y que mi voz la haria volver acaso..... Veinte años hace que la estoy llamando, señora, y esta es la primera vez que me responde. Y qué?... . Habeis temblado al verme? .... Sera verdad, como lo creo en este instante, que no teneis nada que decirme?...

MARQ. (*con voz ahogada.*) Y si hubiera temido que volvieseis, habria hecho mal? Ayer aparecisteis, y el misterio terrible que debiamos saber Dios y yo nada mas, es ya conocido de mis dos hijos.

PAB. Y tengo yo la culpa, si Dios se ha encargado de revelárselo? Fui yo quien condujo á Margarita cerca de su padre moribundo, á pedirle su ayuda y oyó su confesion? Fui yo quien la llevó á la casa de Achard? Y no fuisteis vos quien la siguió? El tiro que habeis oido y ese espejo roto, dan fé de que preferia morir á salvar mi vida á costa de vuestro secreto. No; creedme, señora: soy el instrumento y no el brazo, el efecto y no la voluntad; Dios es el que todo lo ha hecho, para que veais á vuestros pies á los dos hijos que por tanto tiempo habeis separado de vos.

MARQ. (*agitada.*) Pero hay otro, y no sé lo que tengo que esperar de él.

PAB. Dejadle cumplir su último deber, y os pedirá vuestras órdenes de rodillas.

MARQ. Y qué deber es ese?

PAB. El de devolver á su hermano el rango que le pertenece; á su hermana la felicidad que ha perdido, y á su madre la tranquilidad que busca en vano.

MARQ. Y sin embargo, por vos han negado á mi hijo el regimiento que pedian para él.

PAB. (*sacando el despacho del bolsillo.*) Porque el rey acababa de concedérmelo para mi hermano. (*la marquesa mira el despacho.*)

MARQ. Y sin embargo, quereis dar á Margarita á un hombre sin fortuna, sin nombre, y proscrito ademas...

PAB. Os equivocais, señora; quiero dar á Margarita al que ama, no quiero darla á Lusiñan el proscrito, sino al baron de Lusiñan, gobernador de la isla de Guadalupe, y que espera á su muger en mi navio. He aquí su nombramiento: tomad estos dos papeles, y entregadselos vos misma á vuestros hijos.

MARQ. (*mira el nombramiento y le toma.*) Si... para la ambicion del conde y para la felicidad de Margarita. .

PAB. Y al mismo tiempo para vuestra tranquilidad. El conde y Margarita partirán esta misma noche; la una á encontrar á su esposo, el otro á reunirse con su regimiento, y vos os quedais sola en este viejo castillo, como tanto lo habeis deseado.

MARQ. Pero cómo disculparme con el baron de Lectoure?

PAB. No es suficiente motivo la muerte de un marido y de un padre para deshacer una boda?... (*la marquesa le mira; se sienta, escribe algunas líneas y llama á un criado.*)

MARQ. (*al criado.*) Entregad esta carta dentro de dos horas al baron de Lectoure. (*el criado toma la carta, se inclina y sale.*) Ahora que habeis hecho justicia á los inocentes, perdonad á la culpable. Teneis los papeles que acreditan vuestro nacimiento; sois el mayor, y la ley os dá derecho al nombre y á la fortuna de vuestro hermano. Qué quereis en cambio de esos papeles?

PAB. (*sacándolos del bolsillo.*) Permitidme que os llame madre mia una sola vez, y llamadme hijo una vez nada mas.

MARQ. (*levantándose.*) Es posible!..

PAB. Hablais de clase, de nombre y de fortuna, y qué necesidad tengo de todo eso? Yo me he elevado á un rango á que han llegado pocos hombres de mi edad: he adquirido un nombre que es la bendicion de un pueblo y el terror de otro, y si quisiera reuniria una fortuna, que pudiese ser herencia de un rey. Qué me hacen pues, vuestro rango, vuestro nombre y vuestras riquezas? Si no teneis otra cosa que ofrecerme, si no me dais lo que me ha faltado en todas partes, lo que no he podido crearme, lo que Dios me habia concedido y me ha arrebatado la desgracia... lo que vos solo podeis devolver... una madre! Ah! volvedme á mi madre! .

MARQ. (*sin poderse contener.*) Hijo mio!.. hijo mio!

(Pablo tira los papeles al fuego y corre á precipitarse de rodillas ante su madre, que ha caido en una silla.)

PAB. Madre mia! Ah! por fin salió de vuestro corazon ese grito que yo esperaba, que pedia .. Gracias, Dios mio, gracias.

MARQ. (*levantándole la cabeza.*) Mirame: hacia veinte años que no derramaban mis ojos una lágrima; dame tu mano: (*se la pone sobre el corazon.*) hacia veinte años, que no palpitaba mi corazon de alegria.. Ven, ven á mis brazos... esta es la primera caricia que hago y que recibo al cabo de veinte años... de espiacion, sin duda... porque Dios me ha perdonado, si; me ha devuelto las lágrimas y la alegria... .. Gracias, hijo mio, gracias á ti! (*abrazándole.*)

PAB. Madre mia!

MARQ. Y yo temia el volverle á ver! Temblaba en su presencia! Y no sabia los sentimientos que abrigaba en mi propio corazon! Ah! yo te bendigo (*suena la campana de la capilla; se oye un cañonazo y Pablo se arrodilla de nuevo.*)

MARQ. Qué haces?

PAB. No ois? (*segundo cañonazo.*)

MARQ. Dos cañonazos...

PAB. El tercero me indica que debo ir á bordo. (*tercero.*)

MARQ. Con que partes?

PAB. Esta noche.

MARQ. Bendito sea el hijo piadoso, que despues de veinte años de agonias y de tormentos; viene á devolver la tranquilidad á su madre.

PAB. (*levantandose.*) Adios, madre mia, adios.

FIN DEL DRAMA.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Madrid 2 de setiembre de 1852. *Examinada por el señor censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.*—El gobernador—*Ventura Diaz.*

NOTA. Esta comedia perteneció al Editor *del teatro moderno español* DON IGNACIO BOIX, quien la cedió por medio de escritura pública al de la *Biblioteca dramática*; así es, que resultan dos ediciones, la primera en 8. marquilla, y la segunda en 4.° mayor; hacemos esta aclaracion, para que de ningun modo se confundan estas comedias con algunos títulos que resultan iguales en la *Galeria dramática* de los Señores Delgado Hermanos, y porque aun cuando se vean dos ediciones, no se ignore que pertenecen á un mismo dueño.

MADRID, 1852.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.